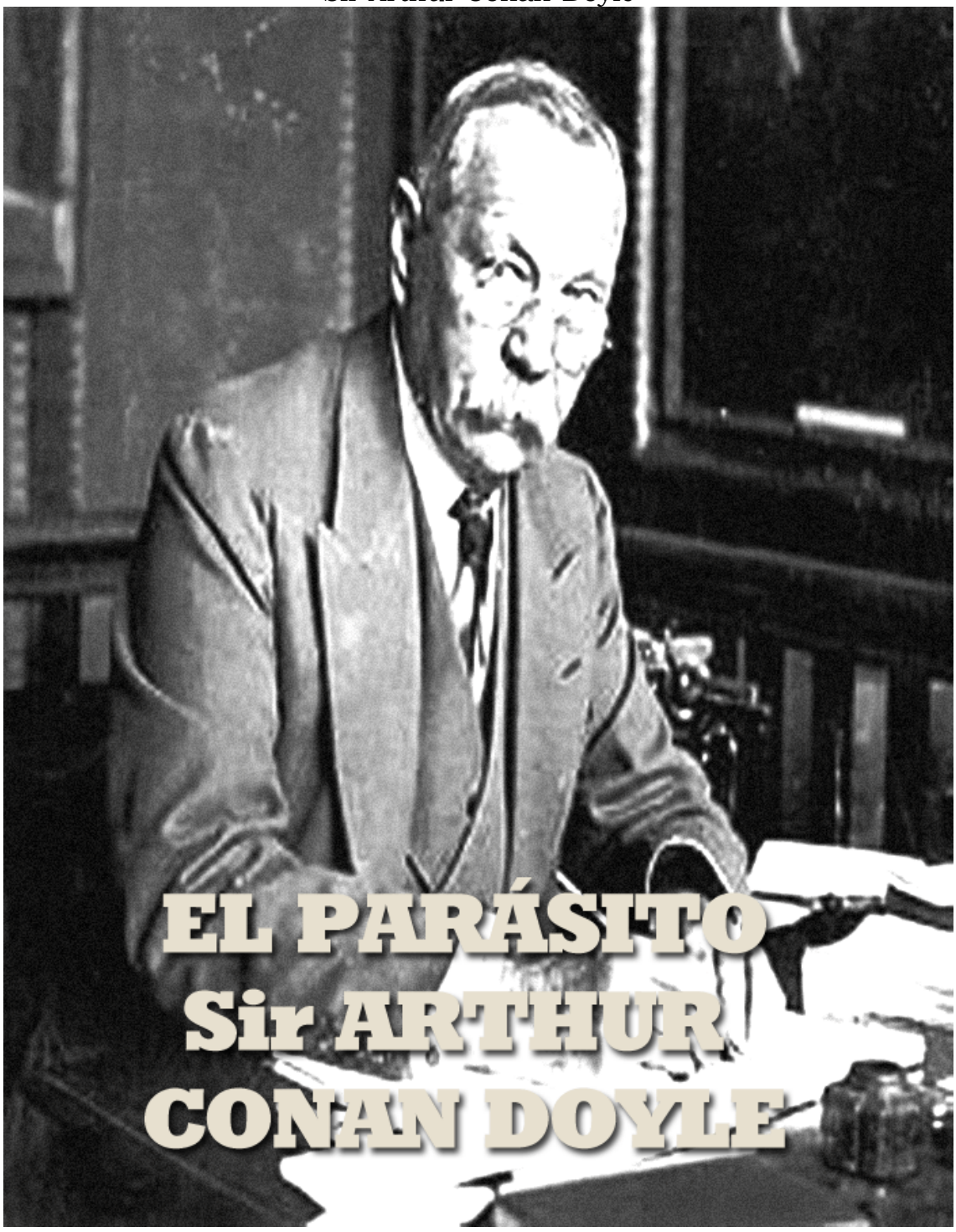
EL PARÁSITO
Sir Arthur Conan-Doyle



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Aquellos que conocen a Conan-Doyle sólo a través de su más célebre personaje, Sherlock Holmes, conocen apenas una fracción de su obra literaria –y tal vez no la mejor. En el campo de la no-ficción, Conan Doyle escribió con autoridad sobre temas que van desde la fotografía hasta la Guerra de los Boers y desde la Primera Guerra Mundial hasta la injusticia judicial; escribió también sobre espiritualismo, en cuyos estudios se vio desafortunadamente atrapado en el engaño de las Hadas de Cottingley. En cuanto a la ficción no-Holmesiana de Conan-Doyle, ésta incluye sus historias del Profesor Challenger (*El Mundo Perdido*, *El Cinturón Envenenado*, etc.) inspirado en el profesor Rutherford de la Universidad de Edimburgo, en la misma forma en que Holmes se inspiraba en el profesor de Edimburgo Dr. Joseph Bell; del Brigadier Gerard, un personaje que fácilmente podría ser el modelo prototipo del Harry Flashman de George Macdonald Fraser; varias novelas históricas y numerosas historias cortas de horror y de lo sobrenatural.
Una de tales historias de esta última categoría es *El Parásito*. A los ojos contemporáneos, la semblanza del hipnotismo de Conan-Doyle puede parecer casi jocosa –pero esa semblanza no contradice lo poco que sobre "mesmerismo" se sabía en la época en que lo escribió y, por esa razón, *El Parásito* es, discutiblemente, ciencia ficción más que fantasía. Es también uno de los comparativamente pocos ejemplos de ficción-transformación en los cuales el cambio es de naturaleza mental más que física.

Capítulo 1

Marzo 24. Ya la primavera está plenamente entre nosotros. Afuera de la ventana de mi laboratorio el gran castaño está completamente cubierto de grandes brotes, glutinosos y espléndidos, algunos de los cuales ya han comenzado a despuntar en pequeños rehiletes. Al caminar por los senderos uno está consciente de las magníficas y silenciosas fuerzas de la naturaleza que trabajan a todo nuestro alrededor; la tierra mojada tiene aroma fecundo y delicioso; verdes vástagos emergen por todas partes, los tallitos están henchidos de savia y el húmedo y pesado aire inglés está impregnado de un ligero perfume resinoso. Botones en los setos, corderos más allá –¡la reproducción avanzando por todas partes!
Puedo verlo en el interior y percibirlo a la distancia. También nosotros tenemos nuestra primavera cuando las pequeñas arteriolas se dilatan, la linfa fluye en rápida corriente y las glándulas trabajan con más fuerza, segregando y echando el resto. Cada año la naturaleza reajusta la maquinaria completa; en este mismo momento puedo sentir el fermento en mi sangre, y mientras la fría luz del sol penetra por mi ventana, podría danzar a su alrededor como un mosquito. Lo haría. Tan sólo que ese Charles Sadler subiría corriendo la escalera para ver qué estaba pasando; además, debo recordar que soy el profesor Gilroy. Un viejo profesor puede darse el lujo de ser espontáneo, pero cuando la fortuna le ha concedido a un hombre de treinta y cuatro una de las

principales cátedras de la universidad, debe esforzarse por actuar en consecuencia.
¡Qué tipo ese Wilson! Si sólo pudiera brindarle tanto entusiasmo a la fisiología como él le asigna a la psicología, yo sería por lo menos un Claude Bernard. Toda su vida, su alma y su energía actúan con una sola finalidad; se acuesta cotejando los resultados del día pasado y se despierta planeando sus investigaciones del día siguiente; y aún así, obtiene tan poco reconocimiento, fuera del pequeño círculo que sigue sus actuaciones. La fisiología es una ciencia reconocida y si agrego aunque sea un solo ladrillo al edificio, todo el mundo lo ve y lo aplaude; pero Wilson está tratando de excavar los cimientos de una ciencia del futuro, su trabajo es subterráneo y no se ve; sin embargo él prosigue sin quejarse, carteándose con un centenar de medio chiflados, en la esperanza de encontrar algún testimonio fidedigno, escudriñando cien mentiras a la caza de un pequeño lunarcito de verdad, cotejando viejos libros, devorando los nuevos, experimentando, dando conferencias, tratando de encender en otros el abrasador interés que lo consume. Me lleno de asombro y admiración cuando pienso en él y, sin embargo, cuando me pide que me una a sus investigaciones, me veo obligado a decirle que, en la actual situación, ellas ofrecen muy poco atractivo a un hombre que se dedica a la ciencia exacta. Si pudiera mostrarme algo positivo y objetivo, podría estar tentado a enfrentar el asunto desde su lado fisiológico; pero mientras la mitad de sus argumentos estén infectados por la charlatanería y la otra mitad por la histeria, nosotros, los fisiólogos, tenemos que conformarnos con el cuerpo y dejarle la mente a nuestros descendientes.
Sin duda que soy un materialista. Agatha dice que soy el número uno y le digo que, puesto que estoy tan urgido de su espiritualidad, esa es una excelente razón para abreviar nuestro compromiso. Y no obstante, pretendería ser un curioso ejemplo del efecto de la educación sobre el temperamento, porque soy por naturaleza, a menos que me engañe, un hombre intensamente psíquico. Yo era un niño nervioso y sensible, un soñador, un sonámbulo, lleno de impresiones e intuiciones. Mi cabello negro, mis ojos oscuros, rostro aceitunado y dedos ahusados, son todos característicos de mi verdadero temperamento, y hace que expertos como Wilson me consideren uno de los suyos. Pero mi cerebro está empapado de conocimiento exacto; me he entrenado para tratar sólo con el hecho y la prueba. Conjetura y fantasía no tienen cabida en mi esquema de pensamiento. Muéstrenme lo que puedo ver bajo mi microscopio, cortar con mi escalpelo, pesar en mi balanza, y dedicaré mi vida entera a su investigación; pero si me piden que estudie sentimientos, impresiones o sugestiones, me están pidiendo que haga algo desagradable y hasta desmoralizador; un alejamiento de la razón pura me afecta como un mal olor o como una discordancia musical.
Lo cual es una razón más que suficiente para que esté algo renuente a ir esta noche a casa del profesor Wilson; siento que difícilmente podría escapar de la invitación sin ser rudo, mientras que la Sra. Marden y Agatha sí van, yo por supuesto, si pudiera no iría. Más bien me reuniría con ellas en cualquier otro lugar, yo sé que si pudiera, Wilson me

introduciría en esa nebulosa semi-ciencia suya; en su entusiasmo es perfectamente impermeable a indirectas o protestas, y nada más pequeño que una verdadera pelea le haría comprender mi aversión hacia todo el asunto. No tengo duda de que tiene algún nuevo mesmerista o clarividente o médium o embaucador de cualquier clase que nos va a mostrar, pues hasta sus diversiones apuntan hacia su afición. Bien, en todo caso será un deleite para Agatha, ella está interesada, como generalmente lo están las mujeres en todo lo que sea vago, místico e indefinido.

10:50 pm. Me imagino que mantener este diario es resultado de ese hábito científico acerca del cual escribí esta mañana. Me gusta registrar impresiones mientras están frescas; por lo menos una vez al día me esfuerzo por definir mi propio estado mental, es un útil mecanismo de auto-análisis y creo que tiene un efecto provechoso sobre el carácter. Francamente tengo que confesar que mi yo necesita tanta firmeza como pueda proporcionarle; me temo que, después de todo, mucho de mi temperamento neurótico perdura y que estoy lejos de esa serena y calmada precisión que caracteriza a Murdoch o a Pratt-Haldane. Por otra parte, ¿por qué la payasada de la que fui testigo esta noche habría de alterar mis nervios en tal forma que aún estoy completamente agotado? Mi único alivio es que ni Wilson ni la señorita Penclosa, ni siquiera Agatha, pudieron percibir mi debilidad. Y, ¿qué diablos había allí para excitarme así? Nada, o tan poca cosa que parecerá ridículo cuando lo ponga por escrito.
Las Marden llegaron antes que yo a la casa de Wilson, de hecho, yo fui uno de los últimos en llegar y encontré la sala abarrotada, apenas tuve tiempo de decirle una palabra a la Sra. Marden y a Agatha, que estaba encantadora en blanco y rosa con unas alegres espigas de trigo en el cabello, cuando llegó Wilson tirándome de la manga.

–Quieres algo positivo, Gilroy –dijo, llevándome aparte hasta un rincón– Mi querido amigo, tengo un fenómeno. ¡Un fenómeno!

Me hubiera impresionado más si no hubiera escuchado lo mismo antes; su espíritu sanguíneo convierte cualquier luciérnaga en una estrella.

–Esta vez no hay objeción posible a la buena fe –dijo en respuesta, quizás, a algún pequeño destello de burla en mis ojos– Mi esposa la conoce desde hace muchos años; usted sabe, ambas provienen de Trinidad, la señorita Penclosa sólo ha estado uno o dos meses en Inglaterra y no conoce a nadie fuera del ámbito universitario, pero le aseguro que las cosas que nos ha dicho bastan por sí mismas para probar la clarividencia sobre bases absolutamente científicas. No hay nada como ella, aficionado o profesional. ¡Venga para ser presentado!

No me gusta ninguno de esos traficantes de misterios, y menos los aficionados. Al intérprete pagado se le puede caer encima y desenmascararlo en el momento en que se le descubra el truco; él está

allí para engañarlo y usted para descubrirlo pero, ¿qué hacer con la amiga de la esposa de su anfitrión? ¿Va usted a encender repentinamente una luz y descubrirla palmoteando un banjo escondido? ¿O le va a lanzar tinta sobre el traje de noche cuando se deslice furtivamente con su botella de fósforo y una sobrenatural ridiculez? Sería un escándalo y usted quedaría como un grosero; de manera que le queda elegir entre eso o ser un incauto. No estaba de muy buen humor cuando seguí a Wilson hasta donde estaba la dama.
No podría imaginarse a nadie más lejano de mi idea de una india occidental; era ella una criatura pequeña y frágil, diría que bastante pasados los cuarenta, de rostro pálido y delgado y cabellos de un tono castaño muy claro. Su apariencia era insignificante y sus modales retraídos; en cualquier grupo de diez mujeres, ella hubiera sido la última que uno hubiera elegido. Sus ojos eran tal vez lo más destacado y también, estoy obligado a decirlo, su rasgo menos atractivo. Eran de color gris –con un reflejo verde– y su expresión me pareció decididamente furtiva. Me pregunto si furtiva es la palabra, ¿o debí decir fiera? Pensándolo bien, felina lo hubiera expresado mejor. Una muleta recostada de la pared me mostró lo que se hizo penosamente evidente cuando se levantó: que una de sus piernas estaba lisiada.
Así fui presentado a la señorita Penclosa, y no me pasó desapercibido que cuando mi nombre fue mencionado, ella miró hacia Agatha. Evidentemente Wilson había estado hablando y, sin duda, dentro de poco, ella me informaría por medios ocultos que estoy comprometido con una joven con espigas de trigo en el cabello. Me preguntaba cuánto más le habría dicho Wilson acerca de mí.

–El profesor Gilroy es terriblemente escéptico –dijo– espero, señorita Penclosa, que sea usted capaz de reformarlo.

Ella me miró incisivamente.

–El professor Gilroy tiene razón de ser escéptico si no ha visto nada convincente –dijo– Debí pensar –agregó– que usted hubiera sido un excelente sujeto.

–¿Puedo preguntar para qué? –dije.

–Bien, para mesmerismo, por ejemplo.

–Mi experiencia ha sido que los mesmeristas toman como sujetos a aquellos que son mentalmente débiles; y me parece que todos sus resultados están viciados, por el hecho de que trabajan con organismos anormales.

–¿Cuál de estas damas diría usted que posee un organismo normal? –preguntó– Me gustaría que seleccionara la que le parezca que tiene la mente más equilibrada. ¿Podría ser la chica en rosa y blanco? Agatha Marden, creo que es su nombre.

–Sí. Yo apoyaría cualquier resultado de ella.

–Nunca he probado hasta dónde ella es impresionable; por supuesto, algunas personas responden mucho más rápido que otras. ¿Puedo preguntarle hasta dónde llega su escepticismo? Supongo que admite usted el mesmerismo y el poder de la sugestión.

–Yo no admito nada, señorita Penclosa.

–¡Válgame Dios! Pensaba que la ciencia había avanzado más. Desde luego que no conozco nada sobre el lado científico, sólo sé lo que puedo hacer. Vea usted por ejemplo a la chica de rojo cerca del jarrón japonés. Voy a desear que se acerque a nosotros.

Se inclinó mientras hablaba y dejó su abanico en el suelo. La chica se volvió rápidamente y se dirigió directamente hacia nosotros, con una expresión inquisitiva en la mirada, como si alguien la hubiera llamado.

–¿Qué piensa de eso, Gilroy? –exclamó Wilson, en una suerte de éxtasis.

No me atreví a decirle lo que pensaba. Para mí era la pieza de impostura más desvergonzada y descarada que hubiera presenciado jamás, la confabulación y la seña habían sido realmente demasiado obvias.

–El profesor Gilroy no está satisfecho –dijo ella mirándome con sus extraños ojillos– Mi pobre abanico pagará por ese experimento. Bien, tenemos que probar con otra cosa. Señorita Marden, ¿tendría alguna objeción si la saco a escena?

–¡Oh, me encantaría! –exclamó Agatha.

Para entonces todos los visitantes se habían reunido a nuestro alrededor en un círculo, los caballeros de pechera y las emperifolladas damas, algunos reverencialmente aprensivos, otros críticos, como si se tratara de algo entre una ceremonia religiosa y la actuación de un nigromante. Habían empujado hacia el centro una silla de terciopelo rojo, y Agatha se sentó en ella, algo ruborizada y temblando ligeramente de excitación; podía verlo por la vibración de las espigas de trigo. La señorita Penclosa se levantó de su asiento y se detuvo junto a ella, apoyada en su muleta.
Y ocurrió un cambio en la mujer. Ya no parecía pequeña o insignificante; de su edad habían desaparecido veinte años; sus ojos brillaban y un destello de color había teñido sus mejillas cetrinas, toda su figura se había expandido. Así había visto a un muchacho indiferente, de ojos apagados, volverse en un instante animado y vivaz, cuando se le encargaba una tarea de la cual se sentía jefe. Miró a Agatha con una expresión que resentí desde lo profundo de mi alma –la expresión con la cual debió mirar una emperatriz romana a su esclava

genuflexa. Entonces, con un rápido gesto de mando, alzó los brazos y los bajó rápidamente frente a ella.
Yo observaba atentamente a Agatha; durante tres pases pareció simplemente divertida; al cuarto percibí un ligero vidriar en sus ojos, acompañado por cierta dilatación de las pupilas. Al sexto hubo una momentánea rigidez; al séptimo sus párpados comenzaron a caer; al décimo sus ojos estaban cerrados y su respiración era más lenta y profunda que lo usual. Mientras miraba traté de conservar mi ecuanimidad científica, pero una agitación tonta y sin causa me crispaba. Espero que la haya ocultado, pero me sentía como un niño en la oscuridad; no podía creer que aún estuviera expuesto a semejante debilidad.

–Está en trance –dijo la señorita Penclosa.

–Está dormida –exclamé.

–¡Despiértela entonces!

Le halé el brazo y le grité en el oído; debía estar muerta por la impresión que me produjo. Su cuerpo estaba allí, en la silla de terciopelo; sus órganos funcionaban –corazón, pulmones, ¡pero su espíritu! Había escapado fuera de nuestro alcance. ¿Adónde había ido? ¿Qué poder lo había desalojado? Yo estaba confundido y desconcertado.

–Suficiente para el sueño mesmérico –dijo la señorita Penclosa– y en cuanto a la sugestión, cualquier cosa que le sugiera la señorita Marden inexorablemente lo hará, ya sea ahora o después de que haya despertado del trance. ¿Quiere una prueba?

–Por supuesto –dije.

–La tendrá.

Vi cruzar una sonrisa por su rostro, como si hubiera pensado algo divertido. Se inclinó y formalmente susurró algo al oído del sujeto. Agatha, que había estado tan sorda conmigo, inclinó la cabeza mientras escuchaba.

–¡Despierta! –ordenó la señorita Penclosa, con un fuerte golpe de su muleta sobre el piso. Los ojos se abrieron, la vidriosidad fue desapareciendo lentamente, y el alma se manifestó nuevamente luego de su momentáneo eclipse.

Nos retiramos temprano. Agatha no estaba peor por su extraña excursión, pero yo estaba nervioso y trastornado, incapaz de oír o de responder al torrente de comentarios que Wilson vertía en mi favor. Cuando le di las buenas noches, la señorita Penclosa deslizó un papel en mi mano.

–Le ruego me disculpe –dijo– si trato de vencer su escepticismo. Abra esta nota mañana por la mañana a las diez. Es una pequeña prueba privada.

No puedo imaginarme lo que quiso decir, pero allí está la nota, y será abierta como ella indicó. Me duele la cabeza, y ya escribí suficiente por esta noche. Quizás mañana lo que parece tan inexplicable tome otro cariz; pero yo no voy a renunciar a mis convicciones sin luchar.

Marzo 25. Estoy sorprendido y confundido. Claro está que debo reconsiderar mi opinión sobre este asunto. Pero primero permítanme dejar una relación de lo sucedido.
Había terminado el desayuno, y estaba examinando algunos diagramas con los cuales ilustraría mi clase, cuando mi ama de llaves entró para decirme que Agatha estaba en mi estudio y quería verme inmediatamente. Miré el reloj y vi con sorpresa que eran sólo las nueve y media.
Cuando entré al recinto, ella estaba mirándome, de pie sobre la alfombrilla de la chimenea. Algo en su actitud me heló y contuvo las palabras que asomaban a mis labios. Su velo estaba medio caído, pero podía ver que estaba pálida y que su expresión era forzada.

–Austin –dijo– he venido para decirte que nuestro compromiso terminó.

Yo me tambaleé. Creo que literalmente me tambaleé. Sé que me encontré recostado de la biblioteca para sostenerme.

–Pero… pero –balbucí– Esto es muy repentino, Agatha.

–Sí, Austin, he venido para decirte que nuestro compromiso ha terminado.

–Pero con seguridad –exclamé– ¡me darás alguna razón! Esto es contrario a ti, Agatha. Dime cómo he tenido la desgracia de ofenderte.

–Todo terminó, Austin.

–Pero, ¿por qué? Debes estar bajo alguna alucinación, Agatha. Tal vez te han contado alguna falsedad sobre mí. O quizás has malinterpretado algo que te he dicho. Solamente dime qué es, y una palabra puede enderezarlo todo.

–Debemos considerar que todo acabó.

–Pero anoche me dejaste sin ninguna muestra de desagrado, ¿qué pudo haber ocurrido en el intervalo para cambiarte de esa manera? Tuvo que ser algo que sucedió anoche. Estuviste pensando en ello y desapruebas mi conducta. ¿Fue el mesmerismo? ¿Me culpas por haber dejado que

aquella mujer ejerciera sus poderes sobre ti? Sabes que a la menor señal yo hubiera intervenido.

–Es inútil, Austin. ¡Todo terminó!

Su voz era fría y mesurada, y su talante extrañamente formal y duro. Me pareció que estaba absolutamente resuelta a no dejarse persuadir por ningún argumento o explicación. En cuanto a mí, estaba temblando de nerviosismo, y volví mi rostro a un lado, tan avergonzado estaba de que ella pudiera verme fuera de control.

–¡Debes saber lo que esto significa para mí! –exclamé– ¡Es la demolición de todas mis esperanzas y la ruina de mi vida! Seguramente no me irás a infligir semejante castigo sin haberme oído. Me harás saber cuál es el motivo. Considera cómo para mí sería imposible tratarte así en cualquier circunstancia. ¡Por el amor de Dios, Agatha, dime qué hice!

Caminó detrás de mí sin decir palabra y abrió la puerta.

–Es inútil, Austin –dijo– Tienes que dar por terminado nuestro compromiso.

Un momento después se había ido, y, antes de que hubiera podido recuperarme lo suficiente para seguirla, oí la puerta de la sala cerrarse tras de ella. Corrí a mi cuarto para cambiarme el abrigo, con la idea de correr a la casa de la Sra. Marden para conocer de ella cuál podría ser la causa de mi infortunio. Tan tembloroso estaba que a duras penas podía atarme las botas; jamás olvidaré esos diez minutos; apenas me había puesto el sobretodo, cuando el reloj sobre la repisa de la chimenea dio las diez.
¡Diez! Asocié la idea con la nota de la señorita Penclosa que estaba sobre la mesa delante de mí y la abrí. Estaba manuscrita a lápiz en una escritura particularmente angulosa.

“MI ESTIMADO PROFESOR GILROY: (decía) Le ruego me disculpe la naturaleza personal de la prueba que le estoy dando. Por casualidad el profesor Wilson me señaló las relaciones entre usted y mi sujeto de esta noche y se me ocurrió que nada podría ser más convincente para usted que sugerirle a la señorita Marden llamarlo mañana por la mañana a las nueve y media y suspender su compromiso por media hora más o menos. La ciencia es tan exacta que es difícil dar una prueba satisfactoria, pero estoy convencida de que esta será una acción que por lo menos ella no estará dispuesta a ejecutar por su propia voluntad. Olvide cualquier cosa que ella haya podido decirle, porque nada tiene que ver con ello. Y ciertamente no recordará nada al respecto. Escribí esta nota para acortar su ansiedad, y para rogarle me perdone por la momentánea desdicha que mi sugestión pudiera haberle causado.
De usted atentamente;
HELEN PENCLOSA.”

Realmente, cuando leí la nota, quedé demasiado aliviado como para enojarme. Fue un atrevimiento. Ciertamente fue en verdad un gran atrevimiento por parte de una dama a quien sólo había visto una vez; pero, después de todo, yo la había provocado con mi escepticismo. Puede ser que haya sido difícil, como ella dijo, hallar una prueba que me satisficiera.
Y ella lo hizo. No podía haber ninguna duda al respecto. Finalmente la sugestión hipnótica había quedado comprobada para mí, y de ahora en adelante tomó su lugar como uno de los hechos de la vida. Que Agatha, quien de todas las damas que conocía era la de mente más equilibrada, hubiera sido reducida a la condición de autómata, parecía ser cierto; una persona la había manejado a distancia como un experto dirige desde la costa un torpedo Brennan. Es como si una segunda alma se hubiera incorporado, dejando la suya a un lado, y se hubiera apoderado de su sistema nervioso diciendo: "voy a manejar esto por media hora". Y Agatha tuvo que haber estado inconsciente mientras vino y volvió. ¿Podría caminar por las calles con seguridad en tal estado? Me puse el sombrero y corrí a ver si todo estaba bien con ella.
Sí. Ella estaba en su casa. Fui conducido hasta la sala y la encontré sentada con un libro en el regazo.

–Eres un visitante tempranero, Austin –dijo sonriendo.

–Y tú lo fuiste aún más –respondí.

Ella pareció confundida.

–¿Qué quieres decir? –preguntó.

–¿No has salido hoy?

–Por supuesto que no.

–Agatha –le dije seriamente– ¿te importaría decirme exactamente qué has hecho esta mañana?

Ella se rió de mi ansiedad.

–Has asumido tu talante profesional, Austin; mira lo que pasa por estar comprometida con un hombre de ciencia. No obstante te lo diré, aunque no me imagino para qué quieres saber. Me levanté a las ocho y me desayuné a las ocho y media; me vine a esta sala a las nueve y diez y comencé a leer las Memorias de Madame de Ramusat. A los pocos minutos le di a la dama francesa el mal cumplido de quedarme dormida sobre sus páginas, y a usted, señor, el muy lisonjero de soñar con usted. Hace apenas unos minutos que desperté.

–¿Y averiguaste dónde te encontrabas antes?

–¿Por qué, dónde más podría haberme encontrado?

–¿Te importaría decirme, Agatha, qué soñaste conmigo? Realmente no es mera curiosidad de mi parte.

–Apenas tengo la vaga impresión de que participabas. No puedo recordar algo definido.

–Si no has salido hoy, Agatha, ¿cómo es que tus zapatos están sucios?

Su rostro adquirió un aspecto de angustia.

–Realmente, Austin, no sé qué te pasa esta mañana; uno casi podría creer que dudas de mi palabra. Por supuesto que si mis botas están sucias, debe ser porque me puse un par que la criada no había limpiado.

Era perfectamente evidente que ella no sabía absolutamente nada del asunto, y reflexioné que, después de todo, era mejor si no le informaba; podría asustarse y no veía que sirviera para ningún buen propósito. Por lo tanto no le dije más nada al respecto y poco después me retiré para dictar mi clase.
Pero estoy inmensamente impresionado. Mi horizonte de posibilidades científicas se ha expandido enormemente; ya no me pregunto más por la endemoniada energía y entusiasmo de Wilson; ¿quién que tuviera un vasto campo virgen a mano, no trabajaría duro? Si haber conocido la inédita forma de un nucleolo, o una banal peculiaridad de la fibra muscular estriada vista bajo una lente de 300 aumentos me llena de júbilo; ¡cuán insignificantes lucen esas investigaciones cuando se comparan con esta que toca las propias raíces de la vida y la naturaleza del alma! Siempre he considerado al espíritu como un producto de la materia; yo creía que el cerebro secretaba el pensamiento como el hígado secreta la bilis; pero, ¿cómo puede ser así cuando veo a la mente trabajando a distancia y actuando sobre la materia como lo haría un músico con un violín? Entonces el cuerpo no da origen al alma, sino que es más bien el tosco instrumento mediante el cual se manifiesta el espíritu. El molino no produce el viento, solamente lo revela. Era contrario a toda mi forma de pensar y sin embargo era incuestionablemente posible y merecía investigación.
¿Y por qué no investigarlo? Veo que en la fecha de ayer escribía que: “Si pudiera ver algo positivo y objetivo, estaría tentado a abordarlo desde el aspecto fisiológico.” Bien, tuve mi prueba y debo cumplir mi palabra. Estoy seguro de que la investigación sería de considerable interés; algunos de mis colegas podrían parecer recelosos al respecto, puesto que la ciencia está llena de prejuicios irracionales, pero si Wilson tiene la audacia de sus convicciones yo también puedo tenerla. Mañana por la mañana iré a verlos –a él y a la señorita Penclosa. Si ella puede mostrarnos tanto, es probable que pueda mostrarnos más.

Capítulo 2

Marzo 26. Tal como lo había anticipado, Wilson estaba exultante por mi conversión y la señorita Penclosa también estaba modestamente complacida por el resultado de su experimento; ¡es extraño qué criatura silenciosa e incolora es ella excepto cuando ejerce su poder! Hasta hablar de ello le trae color y vida y parece tener un singular interés en mí. No puedo dejar de observar cómo sus ojos me siguen por toda la habitación.

Hemos tenido una conversación del mayor interés acerca de sus poderes, se trata sólo de registrar sus puntos de vista, ya que, por supuesto, éstos no pueden aspirar a ninguna evaluación científica.

–Usted está apenas en la frontera del asunto –dijo, cuando le expresé mi admiración por la notable prueba de sugestión que me había mostrado– Yo no tenía influencia directa sobre la señorita Marden cuando lo confundió; yo ni siquiera estaba pensando en ella esa mañana. Lo que hice fue programar su mente como lo haría con un reloj despertador, de manera que a la hora señalada se dispararía espontáneamente; si en lugar de doce horas le hubiera sugerido en seis meses hubiera sido igual.

–¿Y si la sugestión hubiera sido para asesinarme?

–Ella inevitablemente lo hubiera hecho.

–¡Pero ese es un poder terrible! –exclamé.

–Como dice usted, es un poder terrible –respondió seriamente– y cuanto más conozca de él, más terrible le parecerá.

–Puedo preguntar –dije– ¿Qué quiso usted decir cuando dijo que este asunto de la sugestión es apenas la frontera? ¿Qué considera usted lo esencial?

–Prefiero no decirle.

Me sorprendió la firmeza de su respuesta.

–Usted comprende –dije– que no es por falta de curiosidad que pregunto, pero espero hallar alguna explicación científica a los hechos que me ha proporcionado.

–Francamente, profesor Gilroy –dijo– la ciencia no me interesa en absoluto, ni me importa si puede o no clasificar estas fuerzas.

–Pero yo esperaba…

–Ah, eso es otra cosa. Si usted lo convierte en un asunto personal –dijo con la más seductora de sus sonrisas– Estaré encantadísima de explicarle cualquier cosa que quiera saber. Déjeme ver; ¿qué fue lo que me preguntó? Oh, acerca de las fuerzas superiores. El professor Wilson no cree en ellas, pero son igualmente verdaderas; por ejemplo, para un operador es posible lograr total dominio sobre su sujeto –suponiendo que éste sea bueno. Sin ninguna sugestión previa puede hacer que haga lo que él quiere.

–¿Sin conocimiento del sujeto?

–Depende. Si la fuerza fuera ejercida con vigor, no sabría más del asunto que la señorita Marden cuando lo engañó y lo asustó tanto. O, si la influencia fuera menos vigorosa, podría estar consciente de lo que está haciendo, pero ser incapaz de evitar hacerlo.

–Entonces, ¿habría perdido su fuerza de voluntad?

–Estaría supeditada a otra más fuerte.

–¿Ha ejercido usted ese poder alguna vez?

–Varias veces.

–Entonces, ¿el suyo es tan fuerte?

–Bien, no depende enteramente de eso. Muchos tienen voluntades fuertes que no son segregables de ellos; el asunto es tener el don de proyectarla dentro de otra persona y reemplazar la suya. Creo que mi propio poder varía según mi fuerza y salud.

–Prácticamente usted traslada su alma al cuerpo de otra persona.

–Bien, puede plantearlo de esa manera.

–Y el cuerpo suyo, ¿qué hace?

–Simplemente se siente aletargado.

–Bien, ¿pero no hay peligro para su propio cuerpo? –pregunté.

–Puede haber un poco. Se debe tener cuidado de no dejar perder completamente la conciencia; de otro modo se podría tener dificultad para retornar. Usted tiene que preservar siempre la conexión, por así decir. Me temo que me expreso muy mal, profesor Gilroy, pero por supuesto no sé cómo exponer estas cosas de manera científica. Le doy sólo mis propias experiencias y mis propias explicaciones.

Bien, ahora en mi descanso vuelvo a leer esto y ¡me asombro de mí mismo! ¿Es este Austin Gilroy, el hombre que ha tenido éxito por su gran poder de razonamiento y por su dedicación a los hechos? Heme aquí tomando seriamente la charlatanería de una mujer que me dice cómo puede su alma ser proyectada de su cuerpo y cómo, mientras ella queda en letargo, puede controlar las acciones de personas a distancia. ¿Yo acepto eso? Por supuesto que no. Ella tiene que probar y volver a probar antes de que yo ceda un punto. Pero, si todavía soy escéptico, por lo menos debo haber dejado de ser burlón. Vamos a tener una sesión esta noche y ella va a tratar de ver si puede producir algún efecto mesmérico en mí. Si puede será un excelente punto de inicio para nuestra investigación. Nadie puede acusarme, en ninguna forma, de complicidad. Si no puede, tenemos que tratar de encontrar algún sujeto que sea como la esposa del césar. Wilson es perfectamente impermeable.

10:00 pm. Creo que estoy en el umbral de una investigación de las que hacen época. Tener la posibilidad de examinar estos fenómenos desde adentro –tener un organismo que responda y, al mismo tiempo, un cerebro que aprecie y critique– es con certeza una ventaja única. Estoy muy seguro de que Wilson daría cinco años de su vida por ser tan capacitado como yo he demostrado ser.
No había nadie presente, excepto Wilson y su esposa. Yo estaba sentado con la cabeza apoyada, y la señorita Penclosa, de pie enfrente un poco a la izquierda, utilizó los mismos pases largos y rápidos que con Agatha. A cada uno de ellos, una corriente de aire tibio parecía rozarme, y difundir un estremecimiento y calor a través de mí de la cabeza a los pies. Mis ojos estaban fijos en el rostro de la señorita Panclosa, pero mientras la miraba fijamente, sus facciones parecían volverse imprecisas y desvanecerse. Estaba consciente sólo de sus ojos, grises, profundos e inescrutables, mirándome fijamente. Se hicieron más y más grandes hasta que, súbitamente, se convirtieron en dos lagos de montaña hacia los cuales parecía estar cayendo con horrible rapidez. Me estremecí y al hacerlo algún profundo estrato del pensamiento me dijo que el estremecimiento representaba el rigor que había observado en Agatha. Un momento más tarde topé con la superficie de los lagos, que ahora se habían reunido en uno solo, y caí hacia abajo dentro del agua con una sensación de llenura en la cabeza y un zumbido en los oídos. Seguí hacia abajo, abajo, abajo, y entonces, con una súbita caída, arriba otra vez hasta que pude ver la luz, fluyendo esplendorosamente a través del agua verde. Estaba casi en la superficie cuando la palabra "¡Despierte!" retumbó en mi cabeza, y con un estremecimiento, me encontré de vuelta en el sillón, con la señorita Penclosa apoyada en su muleta, y Wilson, libreta en mano, atisbando por sobre su hombro. No quedó ninguna pesadez ni cansancio, por el contrario, aunque no ha pasado más que una hora más o menos desde el experimento, me siento tan despierto que me atrae más el estudio que el dormitorio. Veo todo un panorama de interesantes experimentos extendiéndose ante nosotros, y soy todo impaciencia por comenzarlos.

Marzo 27. Un día en blanco, pues la señorita Penclosa va con Wilson y su esposa a casa de los Sutton. Comencé el *Magnetismo Animal* de Binet y Ferre; ¡cuán extrañas y profundas son estas aguas! Efectos, efectos, efectos –y la causa un absoluto misterio. Es estimulante para la imaginación, pero tengo que estar en guardia contra eso. No hagamos conjeturas ni deducciones, ni nada sino hechos tangibles. Sé que el trance mesmérico es verdad; sé que la sugestión mesmérica es verdad; sé que soy sensible a esa fuerza. Tal es mi posición presente. Tengo una nueva libreta de apuntes que estará dedicada por completo al detalle científico.
Larga charla en la noche con Agatha y la Sra. Marden acerca de nuestro matrimonio. Pensamos que las vacaciones de verano (el comienzo) serían el mejor momento para la boda, ¿por qué retrasarla? Me molestan hasta esos pocos meses; pero como dice la Sra. Marden, aún hay una buena cantidad de cosas que arreglar.

Marzo 28. Mesmerizado de nuevo por la señorita Penclosa. Experimento casi lo mismo que antes, excepto que la insensibilidad llega más pronto. Ver libreta de apuntes *A* para la temperatura de la sala, presión barométrica, pulso y respiración tomados por el profesor Wilson.

Marzo 29. Mesmerizado de nuevo. Detalles en la libreta de apuntes *A*.

Marzo 30. Domingo, y día en blanco. Detesto cualquier interrupción de nuestros experimentos. Por el momento éstos apenas incluyen signos físicos acompañados de ligera, completa y extrema insensibilidad. Más tarde esperamos pasar al fenómeno de sugestión y lucidez. Profesores han demostrado estas cosas sobre mujeres en Nancy y la Salpêtrière, pero sería más convincente si una mujer lo demostrara sobre un profesor con otro profesor como testigo. Y que yo fuera el sujeto –¡Yo, el escéptico, el materialista! Por lo menos he demostrado que mi devoción hacia la ciencia es mayor que hacia mi propia consecuencia personal. Tragarnos nuestras propias palabras es el mayor sacrificio que la verdad exige de nosotros.
Mi vecino Charles Sadler, el joven y apuesto instructor de anatomía, vino esta noche para devolver un tomo de los *Archivos de Virchow* que yo le había prestado. Lo llamo joven, pero en realidad es un año mayor que yo.

–Entiendo, Gilroy –dijo– que ha estado usted experimentando con la señorita Penclosa. Bien –continuó cuando asentí– si yo fuera usted, no seguiría con eso. Sin duda usted pensará que soy muy impertinente, pero, sin embargo, considero mi deber advertirle que se aleje de ella.

Por supuesto le pregunté por qué.

–Yo estoy ubicado en una posición donde no puedo entrar en detalles tan libremente como quisiera –dijo– la señorita Penclosa es amiga de mi

amiga, y mi posición es delicada. Sólo puedo decir esto: yo he sido el sujeto en algunos de los experimentos con la mujer, y éstos me han dejado una desagradabilísima impresión en la mente.

Difícilmente podía esperar que me quedara satisfecho con eso, y traté de sacarle algo más concreto pero sin éxito. ¿Es concebible que pudiera estar celoso porque yo le hubiera reemplazado? ¿O es que se trata de uno de esos hombres de ciencia que se sienten agraviados cuando los hechos contradicen sus opiniones preconcebidas? No puede suponer seriamente que, porque él haya sufrido algún vago perjuicio, yo tengo entonces que abandonar una serie de experimentos que prometen ser tan fructíferos en resultados. Pareció incómodo por la forma ligera en que manejé sus sombrías advertencias, y nos separamos con cierta frialdad de ambos lados.

Marzo 31. Mesmerizado por la señorita P.

Abril 1. Mesmerizado por la señorita P. (Libro de apuntes *A*.)

Abril 2. Mesmerizado por la señorita P. (registro esfigmográfico tomado por el profesor Wilson).

Abril 3. Es posible que este curso de mesmerismo esté afectando un poco mi constitución general. Agatha dice que estoy más delgado y con ojeras más oscuras; estoy consciente de una irritabilidad nerviosa que no había observado antes en mí; el menor sonido, por ejemplo, me altera, y la estupidez de un estudiante me exaspera en vez de causarme gracia. Agatha quiere que me detenga, pero le digo que todo curso de estudio es penoso, y que no se puede lograr algún resultado sin pagar un precio por ello. Cuando ella vea la sensación que causará mi próxima disertación sobre *La Relación entre Mente y Materia*, comprenderá que vale la pena algún pequeño desgaste. No me sorprendería si consigo mi F.R.S. (1) por ella.

(1) Fellow of the Royal Society. (N. del T.)

Mesmerizado nuevamente en la noche. El efecto se produce más rápidamente ahora, y las visiones subjetivas son menos marcadas. Llevo notas completas de cada sesión. Wilson sale para la ciudad por una semana o diez días, pero no interrumpiremos los experimentos, que dependen para su evaluación tanto de mis sensaciones como de sus observaciones.

Abril 4. Tengo que ser cuidadoso y estar alerta. Una nueva complicación con la que no había contado se ha introducido en nuestros experimentos. En mi ansia por los hechos científicos he estado tontamente cegado ante las relaciones humanas entre la señorita

Penclosa y yo. Aquí puedo escribir lo que ni le susurraría a ningún ser viviente. La desdichada mujer parece haber desarrollado un afecto hacia mí.

Yo no diría semejante cosa, ni siquiera en la privacidad de mi diario íntimo, si el asunto no hubiera llegado a tal extremo que es imposible ignorarlo. Hace algún tiempo –es decir, en la última semana– ha habido señales que he echado a un lado y rehusado considerar; su vivacidad cuando llego, su melancolía cuando me voy, su ansiedad porque venga con frecuencia, la expresión de su rostro, el tono de su voz... He tratado de pensar que nada significaban, y que era, tal vez, su ardiente modo de ser indio-occidental. Pero anoche, cuando desperté del sueño mesmérico, saqué mi mano inconscientemente, involuntariamente, y tomé la de ella. Cuando volví en mí completamente, estábamos sentados con las manos unidas y ella me miraba con una sonrisa expectante. Y lo horrible era que me sentía impelido a decir lo que ella esperaba que dijera. ¡Qué mentiroso despreciable hubiera sido! ¡Cómo me aborrecería hoy si hubiera cedido a la tentación de ese momento! Pero, gracias a Dios, fui suficientemente fuerte para saltar y huir de la sala. Me temo que fui rudo, pero no podía, no, no podía confiar en mí un momento más. Yo, un caballero, un hombre honorable, comprometido con una de las chicas más lindas de Inglaterra –y sin embargo en un momento de pasión irracional casi le declaro mi amor a esta mujer que apenas conozco. Ella es mucho mayor que yo y lisiada. Es algo monstruoso, odioso; y no obstante el impulso era tan fuerte que, de haber permanecido un minuto más en su presencia, me hubiera comprometido. ¿Qué pasó? Enseño a otros el funcionamiento del organismo, ¿y qué sé del mío? ¿Fue el súbito aflorar de algún estrato inferior de mi naturaleza –un brutal instinto primitivo haciendo valer repentinamente sus derechos? Casi podría creer en esas historias de obsesión por espíritus perversos, tan dominante era el sentimiento.

Bien, el incidente me coloca en una posición muy infortunada. Por una parte, me opongo a abandonar una serie de experimentos que han llegado tan lejos, y que prometen tan espléndidos resultados. Por la otra, si esta infeliz mujer ha forjado una pasión por mí... Pero, con seguridad, aun ahora debo haber cometido algún terrible error. Ella, ¡con su edad y su deformidad! Es imposible. Y además, ella sabía acerca de Agatha, comprendía mi situación. Tal vez apenas haya sonreído sin alegría cuando en mi estado de aturdimiento sujeté su mano. Fue mi cerebro medio mesmerizado lo que le dio un significado, y la hizo volar hacia ella con tan bestial velocidad. Quisiera persuadirme a mí mismo de que realmente fue así. En general, quizás lo más prudente sería posponer nuestros otros experimentos hasta el regreso de Wilson. Por consiguiente le escribí una nota a la señorita Penclosa, sin hacer alusión a la noche anterior, pero diciéndole que un apremio de trabajo me obligaría a interrumpir nuestras sesiones por algunos días. Ella respondió muy formalmente, diciendo que si cambiaba de idea, la encontraría en su casa a la hora acostumbrada.

10 pm. Bueno, bueno, ¡qué clase de inútil soy! De un tiempo a esta parte estoy empezando a conocerme mejor, y cuanto más me conozco, más bajo cae mi autoestima. Por supuesto que no siempre fui tan débil. A las cuatro me hubiera reído si alguien me hubiera dicho que esta noche iba a ir a la casa de la señorita Penclosa y, sin embargo, a las ocho estaba en la puerta de Wilson como siempre. No sé cómo sucedió. La fuerza de la costumbre, supongo. Tal vez haya un frenesí por el mesmerismo como lo hay por el opio, y soy víctima de él. Sólo sé que mientras trabajaba en mi estudio me sentía cada vez más incómodo. Me inquieté. Me preocupé. No podía concentrarme en los papeles que tenía delante. Y entonces, por fin, casi antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me puse el sombrero y corrí a cumplir mi cita acostumbrada.

Tuvimos una velada interesante. La Sra. Wilson estuvo presente casi todo el tiempo, lo cual previno la turbación que, por lo menos uno de nosotros, tendría que sentir. El comportamiento de la señorita Penclosa fue exactamente el habitual, y no expresó sorpresa porque hubiera venido a pesar de mi nota. No había nada en su porte que mostrara que el incidente de la víspera le había causado alguna impresión, y por ello me inclino a esperar que lo sobreestimé.

Abril 6 (noche). No, no, no. No lo sobreestimé. Ya no puedo seguir ocultándome que esta mujer ha desarrollado una pasión por mí. Es monstruoso, pero es verdad. Esta noche, otra vez, desperté del trance mesmérico para encontrar mi mano entre las suyas, y sufrir esa odiosa sensación que me urge a dejar de lado mi honor, mi carrera, todo, a causa de esta criatura que, como puedo ver cuando estoy lejos de su influencia, no tiene ni el menor atractivo. Pero cuando estoy cerca, no pienso así. Ella despierta algo en mí, algo maligno, algo en lo que prefiero no pensar; paraliza mi naturaleza buena, al tiempo que estimula la peor; decididamente no es bueno para mí estar cerca de ella.

Anoche fue peor que antes. En realidad, en vez de huir, me quedé un rato sentado con mi mano entre las suyas, hablando con ella de los asuntos más íntimos. Entre otras cosas hablamos de Agatha. ¿Con qué pude haber estado soñando? La señorita Penclosa dijo que ella era convencional, y estuve de acuerdo. Una o dos veces habló de ella en forma denigrante y no protesté. ¡Qué necio he sido!

Débil, como he demostrado ser, aún tengo fuerzas para poner fin a este estado de cosas. No volverá a suceder. Tengo suficiente sensatez como para escapar cuando no puedo luchar. Desde esta noche de domingo en adelante, no volveré a reunirme con la señorita Penclosa. ¡Nunca más! Abandonemos los experimentos, acabemos la investigación; cualquier cosa es mejor que enfrentar esta monstruosa tentación que me arrastra tan abajo. No le he dicho nada a la señorita Penclosa, simplemente me mantendré alejado y ella descubrirá el motivo sin que yo hable.

Abril 7. Me he mantenido alejado como dije. Es una lástima arruinar una investigación tan interesante, pero aún peor sería arruinar mi vida, y yo sé que con esa mujer no puedo confiar en mí.

11 pm. ¡Dios me ampare! ¿Qué me pasa? ¿Me estoy volviendo loco? Vamos a calmarnos y a razonar conmigo mismo. Ante todo debo poner por escrito todo lo que ha sucedido.
Eran casi las ocho cuando escribí las líneas con las que comencé este día. Sintiéndome extrañamente intranquilo e incómodo, dejé mis habitaciones y salí para pasar la velada con Agatha y su madre. Ambas notaron que estaba pálido y ojeroso. Cerca de las nueve llegó el profesor Pratt-Haldane y jugamos una partida de naipes; traté de concentrar mi atención en las cartas, pero la sensación de intranquilidad siguió creciendo hasta que me pareció imposible luchar contra ella. Simplemente no podía permanecer tranquilo sentado a la mesa. Por fin, en medio de una mano arrojé las barajas al suelo y, con una suerte de excusa incoherente acerca de tener una cita, abandoné rápidamente la sala. Como en un sueño tengo un vago recuerdo de haber atravesado precipitadamente la sala, arrancado el sombrero de la repisa y dar un portazo tras de mí. También como en un sueño, tengo la impresión de la doble fila de lámparas de gas, y mis botas manchadas indicaban que debía haber andado por el medio de la calle, estaba todo mojado, extraño y artificial. Llegué a la casa de Wilson; vi a su esposa y a la señorita Penclosa. Apenas recuerdo de qué hablamos, pero recuerdo que la señorita P. me blandió juguetonamente la extremidad de su muleta, acusándome de llegar tarde y de perder el interés por nuestros experimentos. No hubo mesmerismo, pero me quedé apenas un rato y regresé.
Mi mente está bastante clara ahora, y puedo volver a pensar en lo que ocurrió; es absurdo suponer que es meramente debilidad o fuerza de costumbre; la otra noche traté de explicarlo de esa manera, pero eso ya no será suficiente, es algo mucho más profundo y más terrible. ¿Por qué, cuándo estaba en la mesa de whist de Marden fui arrastrado como si me hubieran echado alrededor un lazo corredizo? No puedo engañarme más. La mujer tiene su puño sobre mí. Estoy en sus garras. Pero no debo perder la cabeza, debo razonar y ver que es lo mejor que puedo hacer. ¡Qué tonto ciego he sido! En mi entusiasmo por la investigación he caminado directo hacia el foso aunque éste estaba abierto delante de mí. ¿Ella no me lo había advertido? ¿No me dijo, como puedo leer en mi propio diario, que cuando ha alcanzado poder sobre un sujeto puede hacer que haga su voluntad? Y ella ha logrado ese poder sobre mí. Por el momento estoy a la disposición de esta criatura de la muleta. Tengo que venir cuando ella lo desea y tengo que hacer lo que ella quiere. Y lo peor de todo, tengo que sentir lo que ella quiere; la detesto y le temo y, sin embargo, mientras estoy bajo su hechizo, ella puede sin duda hacer que la ame.
Pero, hay un cierto consuelo en el pensamiento de que esos odiosos impulsos por los que me he culpado no vienen realmente de mí en absoluto; son todos transferidos de ella, tan insignificante como la

había imaginado entonces. Me siento más despejado y más ligero por el pensamiento.

Abril 8. Sí, ahora, a plena luz del día, escribiendo fríamente y con tiempo para reflexionar, me veo obligado a confirmar todo lo que escribí anoche en mi diario. Estoy en una posición horrible, pero, sobre todo, no debo perder la cabeza; tengo que estimular mi entendimiento contra sus poderes. Después de todo yo no soy una tonta marioneta, para danzar al extremo de un hilo; tengo energía, cerebro y coraje; por todos sus diabólicos trucos debo apartármela ya. ¡Debo! Tengo, ¿o, qué será de mí?
Tratemos de razonarlo. Esta mujer, según su propia explicación, puede dominar mi sistema nervioso; puede proyectarse en mi cuerpo y tomar el mando de él. Tiene un alma parásita; sí, ella es un parásito, un monstruoso parásito. Se arrastra dentro de mi ser como hace el cangrejo ermitaño dentro de la concha del caracol. Estoy impotente, ¿qué puedo hacer? Estoy tratando con fuerzas de las que no sé nada, y no le puedo contar mi preocupación a nadie, me tildarían de loco. Ciertamente, si esto se divulgara, la universidad diría que no necesita un profesor poseído por el demonio. ¡Y Agatha! No. No, tengo que enfrentarlo solo.

Capítulo 3

Volví a leer mis notas acerca de lo que la mujer dijo cuando habló de sus poderes. Hay un punto que me llena de consternación, ella da a entender que cuando la influencia es leve, el sujeto sabe lo que está haciendo pero no puede controlarse, mientras que cuando se ejerce con fuerza, éste se encuentra absolutamente inconsciente. Ahora, yo siempre he sabido lo que hacía, aunque anoche menos que en las oportunidades anteriores; eso parece indicar que ella nunca ha ejercido sobre mí la totalidad de sus poderes. ¿Estuvo antes alguna vez un hombre en esta posición?
Sí, quizás lo hubo, y además muy cercano a mí. ¡Charles Sadler tiene que saber algo de esto! Sus vagas palabras de advertencia cobran significado ahora. Oh, ¡si solamente le hubiera escuchado entonces, antes de ayudar a forjar, con estas repetidas sesiones, los eslabones de la cadena que me aprisiona! Pero, hoy lo veré. Le reclamaré por haber manejado esta advertencia tan a la ligera. Veré si me puede aconsejar.

4:00 pm. No. No puede. Hablé con él y mostró tal sorpresa ante las primeras palabras con las que traté de expresarle mi inefable secreto que no seguí adelante. Deduzco (por insinuaciones y conjeturas más que por cualquier afirmación), que su propia experiencia se limitó a algunas palabras o miradas tal como yo mismo padecí. Su alejamiento de la señorita Penclosa es por sí mismo una señal de que él nunca estuvo realmente en sus redes. Oh, ¡si solamente supiera de lo que escapó! Tiene que agradecer por eso a su flemático temperamento sajón;

yo soy moreno y céltico y ser presa de esta bruja me crispa los nervios. ¿Podré escapar alguna vez? ¿Volveré a ser el mismo hombre que era hace apenas unas dos semanas?
Vamos a considerar qué tendría que hacer mejor. No puedo dejar a la universidad en mitad del curso; si estuviera libre mi escape sería obvio, me pondría en marcha de inmediato y viajaría a Persia. Pero, ¿ella me dejaría ir? ¿Y no me llegaría su influencia hasta Persia, y me haría regresar al alcance de su muleta? Sólo puedo conocer los límites de este poder infernal por mi propia amarga experiencia; lucharé, lucharé y lucharé, ¿qué más puedo hacer?
Sé muy bien que esta noche cerca de las ocho, volverá a mí esa ansia por su sociedad y ese irresistible desasosiego. ¿Cómo sobreponerme? ¿Qué haré? Tengo que hacer que me sea imposible abandonar la sala; cerraré la puerta y arrojaré la llave por la ventana; pero entonces, ¿qué haré por la mañana? No importa mañana; a cualquier precio tengo que romper esta cadena que me sujeta.

Abril 9. ¡Victoria! ¡Lo hice maravillosamente! Anoche a las siete tomé una cena ligera, me encerré en mi dormitorio y arrojé la llave al jardín. Elegí una novela divertida y me quedé en la cama por tres horas tratando de leerla, pero realmente en un horrible estado de agitación, esperando a cada instante tomar conciencia del impulso. Sin embargo, no ocurrió nada así y esta mañana desperté con la sensación de que una negra pesadilla se había proyectado sobre mí. Tal vez la criatura se dio cuenta de lo que yo había hecho, y comprendió que era inútil tratar de influenciarme. De todas maneras, la derroté una vez y si pude hacerlo una vez, puedo volver a hacerlo.
Por la mañana fue muy embarazoso lo de la llave. Afortunadamente abajo estaba el jardinero y le pedí que me la alcanzara; sin duda él pensó que se me había caído. Haré atornillar puertas y ventanas y traeré seis hombres corpulentos para que me mantengan en la cama antes de rendirme de esta manera a una bruja.
Esta tarde recibí una nota de la Sra. Marden pidiéndome que fuera a verla. En cualquier caso traté de hacerlo, pero no excluía que encontrara malas noticias. Parece que los Armstrong, a quienes Agatha estaba esperando, regresaban a casa desde Adelaida en el *Aurora*, y le habían escrito a ella y a la Sra. Marden para reunirse en la ciudad. Probablemente estarían fuera por un mes o seis semanas y, como el *Aurora* se espera el miércoles, deben partir enseguida –mañana– si quieren llegar a tiempo. Mi consuelo es que cuando nos volvamos a encontrar, no habrá más separaciones entre Agatha y yo.

–Quiero que hagas algo, Agatha –dije cuando nos quedamos solos– Si llegas a encontrarte con la señorita Penclosa, en la ciudad o aquí, tienes que prometerme que nunca más la dejarás que te mesmerice.

Agatha abrió los ojos.

–Por qué, si apenas el otro día decías qué interesante era todo y lo decidido que estabas a terminar tus experimentos.

–Lo sé. Pero he cambiado de idea desde entonces.

–¿Y no quieres hacerlo más?

–No.

–Me alegro tanto, Austin. No te puedes imaginar lo pálido y acabado que has estado últimamente. Nuestra principal objeción para irnos ahora a Londres era realmente que no queríamos dejarte cuando estabas tan abatido. Y tu actitud ha sido ocasionalmente tan extraña, especialmente aquella noche que dejaste al pobre profesor Pratt-Haldane cuando jugaban a las cartas. Estoy convencida de que esos experimentos son muy perjudiciales para tus nervios.

–Yo también lo creo, querida.

–Y para los nervios de la señorita Penclosa igualmente. ¿Has oído decir que está enferma?

–No.

–La Sra. Wilson nos lo dijo anoche. Lo describió como una fiebre nerviosa. El profesor Wilson regresa esta semana y, por supuesto la Sra. Wilson está muy ansiosa de que la señorita Penclosa mejore, porque tiene todo un programa de experimentos que tiene muchos deseos de llevar adelante.

Me alegré mucho de recibir la promesa de Agatha, porque era suficiente con que esa mujer tuviera a uno de nosotros en sus garras. Por otra parte me inquietó oír sobre la enfermedad de la señorita Penclosa; eso disminuía en algo la victoria que yo parecía haber logrado anoche. Recuerdo que ella dijo que la falta de salud interfería con su poder. Puede ser por eso que me fue tan fácil dominarme. Bien, bien, tengo que volver a tomar las mismas precauciones esta noche y ver qué pasa. Me asusto puerilmente cuando pienso en ella.

Abril 10. Todo fue muy bien anoche. Me divirtió el rostro del jardinero cuando esta mañana tuve que pedirle otra vez que me alcanzara la llave. Los criados me pondrán un apodo si siguen pasando estas cosas. Pero lo importante es que permanecí en mi habitación sin el menor deseo de salir. Creo que me estoy zafando de esta increíble atadura... ¿O será solamente que el poder de esa mujer está en suspenso hasta que ella recobre su fuerza? Sólo puedo hacer votos por lo mejor.
Las Marden se fueron esta mañana y el brillo parece haber abandonado al sol de primavera. Y sin embargo sigue estando muy hermoso cuando resplandece en los verdes castaños frente a mi ventana y le da un toque

de alegría a los pesados muros cubiertos de liquen de los viejos colegios. ¡Cuán dulce, amable y consoladora es la Naturaleza! ¡Quién pensaría que en ella se esconden fuerzas tan viles, poderes tan odiosos! Porque, por supuesto yo entiendo que esta cosa espantosa que ha caído sobre mí no es sobrenatural, ni siquiera preternatural. No. Se trata de una fuerza natural que esta mujer sabe utilizar y la sociedad lo ignora. El mero hecho de que decaiga con su fuerza muestra cuán completamente está sujeta a las leyes fisicas. Si yo tuviera tiempo quisiera probarlo exhaustivamente y pondría mis manos en el antídoto; pero no se puede domesticar al tigre cuando se está entre sus garras, lo único que se puede hacer es tratar de desembarazarse de él. Ah, cuando miro el espejo y veo mi propios ojos oscuros y mi bien definido rostro hispano, anhelo una rociada de vitriolo o un ataque de viruela. Una u otro me hubieran salvado de esta calamidad.
Me inclino a pensar que esta noche puedo tener problemas. Hay dos cosas que me hacen temerlo. Una es que encontré a la Sra. Wilson en la calle y me dijo que la señorita Penclosa estaba mejor aunque débil todavía. Deseo fervientemente que su enfermedad haya sido la última. La otra es que el profesor Wilson regresa en uno o dos días, y su presencia actuaría sobre ella como contención; yo no debería temer si en nuestros encuentros estuviera presente una tercera persona. Por ambas razones tengo un presentimiento de problemas esta noche y debo tomar las mismas precauciones de antes.

Abril 10. No. Gracias a Dios todo salió bien anoche, no podría enfrentar otra vez al jardinero. Cerré la puerta y arrojé la llave por debajo, de manera que por la mañana tuve que pedirle a la criada que me dejara salir. Pero la precaución fue realmente innecesaria, pues no sentí en absoluto ningún deseo de salir. ¡Tres noches sucesivas en casa! Seguramente estoy cerca de terminar con mis problemas, pues Wilson debe regresar de hoy a mañana. ¿Le diré lo que me ha pasado o no? Estoy convencido de que no obtendría de él ni la más mínima compasión. Me miraría como un caso interesante, y leería una nota sobre mí en la próxima reunión de la *Psychical Society*, en la que seriamente plantearía la posibilidad de que yo estuviera mintiendo deliberadamente, sopesándolo con la posibilidad de que estuviera en una temprana etapa de locura intermitente. No. En Wilson no encontraré ningún consuelo.
Me siento perfectamente en forma y bien. Creo que nunca he dictado una clase con mayor entusiasmo. Oh, si sólo pudiera alejar esa sombra de mi vida, ¡qué feliz sería! Joven, bastante rico, en los primeros lugares dentro de mi profesión, comprometido con una chica hermosa y encantadora... ¿No tengo todo lo que un hombre pudiera desear? Solamente hay una cosa que me perturba pero, ¡qué cosa!

Medianoche. Me voy a volver loco. Sí. Ese será el fin. Me volveré loco. Ya no estoy muy lejos de eso. Mi cabeza late cuando la apoyo en mi mano caliente. Tiemblo todo como un caballo asustado. Oh, ¡qué noche he pasado! Y sin embargo aún tengo motivos para estar satisfecho.

A riesgo de convertirme en el hazmerreír de mi propio criado, nuevamente deslicé la llave por debajo de mi puerta, encerrándome en la noche. Entonces, encontrando que era demasiado temprano para dormir, me acosté vestido y me puse a leer una novela de Dumas. Súbitamente fui sujetado… sujetado y arrastrado fuera del diván. Es solamente así como puedo describir la abrumadora naturaleza de la fuerza que se precipitó sobre mí. Me aferré al cubrecama; me colgué de las maderas; creo que en mi frenesí hasta grité. Todo fue inútil, irremediable. Tengo que ir. No había escapatoria. Fue solamente al principio que me resistí; pero pronto la fuerza se hizo demasiado imperiosa. Gracias a Dios que no había testigos para intervenir, pues no hubiera podido responder por mí de haberlos habido. Y, además de la determinación de salir, me sobrevino también el juicio más agudo y sereno para tomar decisiones. Encendí una vela y, de rodillas ante la puerta, traté de halar la llave con una pluma de escribir, pero era muy corta y la empujó más lejos. Entonces, con fría persistencia, saqué un cortapapel de una de las gavetas, y con él me las arreglé para recuperar la llave, fui a mi estudio, saqué una foto mía del escritorio, escribí algo sobre ella, la guardé en un bolsillo de mi abrigo y salí para la casa de los Wilson.

Todo era asombrosamente claro, y sin embargo disociado del resto de mi vida, tal como podrían ser los incidentes del más vívido de los sueños. Una peculiar doble conciencia se apoderó de mí. Allí estaban la predominante voluntad ajena, dirigida a arrastrarme hacia el lado de su dueña, y la endeble personalidad antagonista, a la que reconocí como yo mismo, luchando débilmente contra el impulso dominante, como un perdiguero adiestrado haría con su cadena. Puedo acordarme reconociendo esas dos fuerzas conflictivas, pero no recuerdo nada de mi venida o de cómo entré a la casa.

Sin embargo, muy vívida era mi memoria de cómo encontré a la señorita Penclosa. Estaba reclinada en el sofá, en la salita donde usualmente se habían realizado nuestros experimentos; su cabeza descansaba entre sus manos y estaba cubierta parcialmente por una piel de tigre. Miró expectante cuando entré y, cuando la luz de la lámpara iluminó su rostro, pude ver que estaba muy pálida, con oscuras depresiones debajo de sus ojos. Me sonrió y señaló hacia un taburete junto a ella. Fue con su mano izquierda que señaló y yo, precipitándome ansiosamente hacia delante, la sujeté –me aborrezco cuando pienso en ello– y la apreté apasionadamente contra mis labios. Luego, me senté en el taburete y, aún reteniendo su mano, le entregué la fotografía que había traído y hablé y hablé y hablé… de mi amor por ella, de mi aflicción por su enfermedad, de mi alegría por su recuperación, de la desdicha que era para mí estar una sola noche lejos de su lado. Ella permanecía mirándome tranquilamente con ojos dominantes y sonrisa provocativa. Recuerdo que una vez me pasó la mano por los cabellos, como uno acaricia a un perro, lo cual me produjo placer… la caricia. Me estremecí. Era su esclavo, en cuerpo y alma, y en ese momento disfrutaba de mi esclavitud.

Y entonces llegó el bendito cambio. ¡Nadie me diga que no existe la Providencia! Yo estaba al borde de la perdición; mis pies estaban en el límite. ¿Fue coincidencia que en ese preciso instante llegara la ayuda? No, no, no; existe la Providencia, y su mano me rescató. Existe algo en el Universo más fuerte que esta diabólica mujer y sus trucos. Ah, ¡qué alivio para mi corazón es pensar así!
Mientras la miraba estaba consciente de un cambio en ella. Su rostro, antes pálido, ahora estaba cadavérico; sus ojos estaban hundidos y los párpados caían pesadamente sobre ellos. Pero, sobre todo, de su semblante había desaparecido el aspecto de serena confianza; su boca se había relajado y tenía la frente contraída. Estaba asustada e indecisa. Mientras observaba el cambio, mi propio espíritu se agitaba y luchaba con fuerza, tratando de desprenderse del influjo que lo sujetaba –influjo que por momentos se hacía menos seguro.

–Austin, –susurró– he tratado de hacer demasiado y no estaba suficientemente fuerte. Aún no me he recuperado de mi enfermedad, pero ya no podía vivir sin verte. ¿No me dejarás, Austin? Esta es apenas una debilidad pasajera; si me dieras sólo cinco minutos, volveré a ser la misma. Alcánzame la pequeña garrafa que está en la mesa de la ventana.

Pero yo había recuperado mi alma. Con su fuerza debilitada su influencia se había alejado de mí dejándome libre; y yo estaba agresivo –amarga y ferozmente agresivo. Al menos por una vez pude hacerle comprender a aquella mujer cuáles eran mis sentimientos hacia ella. Mi alma estaba llena de un odio tan bestial como el amor contra el cual reaccionaba, era la pasión salvaje y asesina del siervo sublevado. Hubiera podido tomar la muleta de su lado y golpearle el rostro con ella. Elevó las manos, como para evitar un golpe y se acurrucó lejos de mí en un extremo del sofá.

–¡El brandy! –dijo con voz entrecortada– ¡El brandy!

Tomé la garrafa y la vacié en las raíces de una palmera en la ventana, luego le arrebaté la fotografía de la mano y la rompí en mil pedazos.

–¡Eres una mujer abominable, –dije– y si yo cumpliera mi deber con la sociedad, jamás saldrías viva de esta habitación!

–¡Te amo, Austin, te amo! –gimió.

–Sí. –exclamé– y a Charles Sadler antes. Y, ¿a cuántos más previamente?

–¡Charles Sadler! –jadeó– ¿Habló contigo? ¡Charles Sadler, Charles Sadler! –la voz brotaba de sus labios blancos como el siseo de una serpiente.

–Sí, te conozco y otros también lo harán. ¡Criatura desvergonzada! Sabías cómo me resistí y sin embargo usaste tu maligno poder para arrastrarme a tu lado. Quizás puedas volverlo a hacer, pero al menos recordarás que me oíste decir que amo a la señorita Marden con todas las fuerzas de mi corazón, y que te detesto, ¡te aborrezco! Tu sola visión y el sonido de tu voz me llenan de horror y disgusto; pensar en ti es repulsivo. Ese es mi sentimiento hacia ti, y si te place volverme a forzar a tu lado con trucos, como lo hiciste esta noche, creo que al menos tendrás poca satisfacción al convertir en amante a un hombre que te ha expresado su verdadera opinión acerca de ti. Puedes poner en mi boca las palabras que quieras, pero no puedes evitar recordar.

Me detuve pues la cabeza de la mujer había caído hacia atrás y ella se había desmayado. ¡No pudo soportar lo que yo tenía que decirle! Qué ardiente satisfacción me produjo pensar, que sea como fuere, en el futuro jamás podría malinterpretar mis verdaderos sentimientos hacia ella. Pero, ¿qué ocurrirá en el futuro? ¿Qué hará ella después? No me atrevo a pensarlo. ¡Si al menos pudiera esperar que me deje solo! Pero, cuando pienso en lo que le dije… No importa. Por lo menos una vez fui más fuerte que ella.

Abril 11. Anoche casi no dormí, y por la mañana me encontraba tan nervioso y febril que me vi obligado a pedirle a Pratt-Haldane que diera la clase por mí. Es la primera que he perdido. Me levanté al mediodía, pero me duele la cabeza, me tiemblan las manos y mis nervios están en un estado deplorable.
¿Quién más pudo venir esta tarde que Wilson? Acababa de llegar de Londres donde había dictado conferencias, leyó documentos, organizó reuniones, presentó a un médium, dirigió una serie de experimentos acerca de la transmisión del pensamiento, entrevistó al profesor Richet de París, pasó horas mirando fijamente un cristal y obtuvo alguna evidencia sobre el paso de materia a través de materia. Todo ello me lo vertió en los oídos de una sola oleada.

–¡Pero tú! –exclamó finalmente– No luces bien. Y la señorita Penclosa está completamente postrada hoy. ¿Qué pasó con los experimentos?

–Los abandoné.

–¡Eh, eh! ¿Por qué?

–El asunto me parece peligroso.

Sacó su gran cuaderno de notas marrón.

–Esto es muy interesante –dijo– ¿En qué te basas para decir que esto es peligroso? Señálame los hechos en orden cronológico, con fechas aproximadas y nombres de testigos fiables con sus direcciones permanentes.

–Primero que todo, –pregunté– ¿puedes decirme si has reparado en algún caso en el cual el mesmerista haya logrado dominio sobre el sujeto y lo haya usado con fines perversos?

–¡Docenas! –exclamó jubiloso– Crimen por sugestión…

–No quiero decir sugestión. Quiero decir cuando un súbito impulso llega desde una persona a distancia… Un impulso incontrolable.

–¡Obsesión! –chilló en un éxtasis de placer– Es la condición más rara. Tenemos ocho casos, cinco bien comprobados. No querrás decir… –Su euforia apenas le permitía articular.

–No. Yo no. –dije– ¡Buenas noches! Me vas a perdonar, pero no me muy siento bien hoy. Y así finalmente me deshice de él, aún blandiendo su lápiz y su libreta de notas. Mis problemas pueden ser muy grandes, pero por lo menos es preferible disfrutarlos que verme exhibido por Wilson como un fenómeno de feria. Él ha perdido el concepto de ser humano; todo para él es un caso y un fenómeno. Me moriría antes de volverle a hablar del asunto.

Abril 12. Ayer fue un venturoso día de quietud, y disfruté de una noche sin acontecimientos. La presencia de Wilson es un gran consuelo. ¿Qué puede hacer la mujer ahora? Seguramente que después de haberme oído decir lo que le dije, desarrollará hacia mí la misma repugnancia que siento por ella. No puede, no, ella no puede, querer tener un enamorado que la ha insultado de esa manera. No. Yo creo que me libré de su amor… Pero, ¿y su odio? ¿No puede usar sus poderes para vengarse? ¡Bah! ¿Por qué debo preocuparme por conjeturas? Ella me olvidará, yo la olvidaré y todo irá bien.

Abril 13. Mis nervios casi han recuperado su tono. Realmente creo que he vencido a la criatura; pero debo admitir que vivo en un cierto suspenso. Ella está bien de nuevo, porque supe que en la tarde estuvo conduciendo por la High Street con la Sra. Wilson.

Abril 14. Quisiera poderme alejar completamente del lugar. Correré al lado de Agatha el mismo día en que concluya el plazo. Me imagino que es una lastimosa debilidad de mi parte, pero esa mujer domina mis nervios de la manera más terrible. La volví a ver, y hablé con ella.
Fue justo después del almuerzo, yo me estaba fumando un cigarrillo en mi estudio, cuando escuché los pasos de mi criado Murray en el pasillo; estaba ligeramente consciente de que detrás eran audibles otros pasos, y apenas me preocupé especulando quién podría ser, cuando repentinamente un leve sonido me sacó de la silla con la piel encogida de aprensión. Nunca había observado especialmente cómo era el sonido del golpetear de una muleta, pero ahora mis trémulos nervios me informaron que lo oía en el duro choque de la madera que alternaba con

el apagado sonido del pie. Un instante más y mi criado la había introducido.
No cumplí los acostumbrados convencionalismos sociales, ni ella tampoco. Simplemente permanecí de pie mirándola fijamente con el cigarrillo encendido en la mano. Ella a su vez me miró en silencio y, al verla, recordé cómo, en estas mismas páginas, había tratado de definir la expresión de sus ojos, si eran furtivos o fieros. Hoy eran fieros… Fría e inexorablemente así.

–Bien –le dije finalmente– ¿está en el mismo estado de ánimo que cuando la vi la última vez?

–Yo siempre he estado igual. Vamos a entendernos, profesor Gilroy –dijo lentamente– Yo no soy una persona de quien se puede burlar sin peligro, como usted ya debe saber. Fue usted quien me pidió iniciar una serie de experimentos, fue usted quien ganó mi afecto, fue usted quien me declaró su amor, fue usted quien me llevó su fotografía con palabras afectuosas en ella y, finalmente, fue usted quien aquella misma noche en un desplante tuvo intención de insultarme ignominiosamente, dirigiéndose a mí como hasta entonces nadie se había atrevido a hablarme. Dígame que esas palabras brotaron de usted en un momento de pasión y estoy lista para olvidar y perdonarlas. Austin, ¿usted no quería decir lo que dijo? ¿Usted realmente no me odia?

Debí haberme apiadado de aquella mujer contrahecha… Aquel anhelo de amor repentinamente se abrió camino a través de la amenaza de sus ojos. Pero entonces pensé en todo lo que había tenido que soportar, y mi corazón se volvió insensible.

–Si alguna vez me oyó hablar de amor –dije– sabe muy bien que la que hablaba era su voz y no la mía. Las únicas palabras verdaderas que le he podido decir son las que oyó la última vez que nos vimos.

–Lo sé. Alguien le ha puesto en contra mía. ¡Fue él! –golpeó el suelo con la muleta– Muy bien, sabe perfectamente que en este instante puedo hacer que se arrastre a mis pies como un falderillo; no volverá a encontrarme en un momento de debilidad, cuando puede insultarme impunemente. Tenga cuidado con lo que hace, profesor Gilroy. Usted está en una posición muy desagradable; aún no se ha dado cuenta del dominio que tengo sobre usted.

Me encogí de hombros y me volví.

Muy bien –dijo luego de una pausa– si desprecia mi amor tengo que ver qué se puede hacer con temor. Usted sonríe, pero llegará el día en que vendrá a mí desgañitándose a pedir perdón. Sí. Orgulloso como es, se arrastrará por el suelo ante mí, y maldecirá el día en que me convirtió de su mejor amiga en su peor enemiga. ¡Tenga cuidado, profesor Gilroy!

Vi una mano blanca agitándose en el aire y un rostro que casi no era humano, tan convulsionado estaba por la pasión. Un momento después se había ido, y oí el rápido cojear y el golpeteo alejándose por el pasillo.
Pero ella me había dejado un peso en el corazón. Vagos presentimientos de infortunios por venir pesaban sobre mí. En vano traté de persuadirme de que aquellas eran sólo palabras de inútil enfado, pero recuerdo demasiado claramente aquellos ojos perversos como para pensar así. ¿Qué haré... ah, qué haré? Ya no soy dueño de mi propia alma; en cualquier momento este asqueroso parásito puede deslizarse dentro de mí y entonces... Tengo que contarle a alguien mi espantoso secreto... Tengo que contarlo o me volveré loco. ¡Si tuviera a alguien que se compadeciera y me aconsejara! Wilson está fuera de consideración; Charles Sadler me comprendería sólo hasta donde su propia experiencia le lleve. ¡Pratt-Haldane! Él es un hombre equilibrado, de gran sentido común y de cordura. Me llegaré hasta él y le contaré todo; ¡Dios quiera que pueda aconsejarme!

Capítulo 4

6:45 pm. No. Es inútil. No hay ayuda humana para mí; tengo que luchar yo solo. Hay dos condenas frente a mí; tengo que ser el amante de esa mujer; o tengo que soportar las persecuciones que quiera infligirme. Y aun si ninguna sucede viviré en un infierno de aprehensión. Pero ella podrá torturarme, volverme loco, podrá matarme: Y yo nunca, nunca, jamás me rendiré. ¿Qué puede hacerme que sea peor que perder a Agatha y saber que soy un mentiroso perjuro que ha perdido el nombre de caballero?
Pratt-Haldane fue muy amable y escuchó mi historia con la mayor cortesía; pero cuando vi su macizo semblante, sus ojos pesados y el solemne mobiliario de estudio que le rodeaba, difícilmente podía contarle lo que le había venido a decir. Todo era tan básico, tan material. Y, además, ¿qué hubiera dicho yo mismo hace apenas un mes si uno de mis colegas hubiera venido con una historia de posesión diabólica? Tal vez hubiera sido menos paciente de lo que él era. Hasta ahora había tomado notas de mi narración, preguntó cuánto té había tomado, cuántas horas dormía, si había estado trabajando en exceso, si había tenido repentinos dolores de cabeza, pesadillas, ruidos en los oídos, luces delante de los ojos... Todas preguntas que apuntaban a su creencia de que en el fondo de mi problema había alguna congestión cerebral. Finalmente me despidió con muchísimas perogrulladas acerca del ejercicio al aire libre y evitar la excitación nerviosa. Su prescripción, de cloral y bromuro, la enrollé y la arrojé a la alcantarilla.
No. No puedo buscar ayuda de ningún ser humano. Si consulto más, se confabularán y terminaré en un asilo; no puedo sino sujetar mi valor con ambas manos y rogar para que un hombre honesto no sea abandonado.

Abril 15. Es la más deliciosa primavera en la memoria humana. Tan verde, tan apacible, tan bella. ¡Ah, qué contraste entre la naturaleza exterior y mi propia alma, tan desgarrada por la duda y el terror! Ha sido un día tranquilo, pero yo sé que estoy al borde de un abismo; lo sé y sin embargo continúo con la rutina de mi vida. El único punto grato es que Agatha está bien y contenta y fuera de todo peligro. Si esa criatura nos pusiera una mano encima, ¿qué no haría?

Abril 16. La mujer es ingeniosa en sus tormentos. Sabe cuánto aprecio mi trabajo y cuán preparadas son mis clases; así es que en ese punto es donde me ataca ahora. Veo que terminaré perdiendo mi cátedra, pero lucharé hasta el final; no me sacará sin luchar.
Esta mañana durante mi clase, no tuve conciencia de ningún cambio, salvo que por un minuto o dos tuve un vértigo y un vahído que pasaron rápidamente. Por el contrario, me congratulé por haber dado mi materia (las funciones de los glóbulos rojos) en forma tanto interesante como clara. Me sorprendió sin embargo, cuando un estudiante vino a mi laboratorio inmediatamente después de la clase, y se quejó de estar confundido por las discrepancias entre mis planteamientos y los de los libros de texto. Me mostró sus apuntes en los cuales aparecía yo en una parte de la clase como adalid de las herejías más desaforadas y anticientíficas. Por supuesto lo negué y declaré que me había malinterpretado, pero comparando sus notas con las de sus compañeros, quedó claro que él tenía razón y que yo realmente había hecho unos planteamientos descabelladísimos. Por supuesto que lo explicaré como resultado de un momento de equivocación, pero estoy muy seguro de que será sólo el primero de una serie; falta solamente un mes para el final del período, y hago votos porque pueda arreglármelas hasta entonces.

Abril 26. Han pasado diez días sin que haya tenido interés por escribir algo en mi diario. ¿Por qué iba a relatar mi propia humillación y degradación? Había jurado no volver a abrirlo; pero la fuerza de la costumbre es fuerte y aquí estoy de nuevo retomando el relato de mis propias terribles experiencias… En cierta forma con el mismo ánimo de un suicida que ha tomado notas de los efectos del veneno que lo mató.
Bien, el desplome que había previsto llegó… y no antes que ayer. Las autoridades universitarias me han separado de mi cátedra. Se hizo en la forma más delicada, queriendo decir que se trataba de una medida temporal, para que me repusiera de los efectos del exceso de trabajo y para darme la oportunidad de recuperar la salud. No obstante, se hizo, y ya no soy el profesor Gilroy. El laboratorio está todavía a mi cargo, pero tengo pocas dudas de que eso también acabará pronto.
El hecho es que mis clases se habían convertido en el hazmerreír de la universidad. Mi aula rebosaba de estudiantes que venían a ver y oír lo que el excéntrico profesor iba a hacer o decir después. No puedo entrar en detalles sobre mi humillación. ¡Oh, esa diabólica mujer! No hay colmo de bufonada e imbecilidad a la que no me haya forzado. Podía comenzar mi clase con claridad, pero siempre con la sensación de un

próximo oscurecimiento. Luego, cuando sentía la influencia, luchaba contra ella, esforzándome con las manos apretadas y gotas de sudor en la frente para vencerla, mientras los estudiantes, al escuchar mis palabras incoherentes y ver mis contorsiones, se reían a carcajadas de las humoradas de su profesor. Y entonces, cuando ella se había posesionado de mí, comenzaban las cosas más extravagantes... chistes tontos, brindis como proponiendo beber a la salud de alguien, trocitos de baladas, abuso personal aun contra algún miembro de mi aula. Entonces, enseguida, mi mente volvía a aclararse y mi clase proseguía decorosamente hasta el final. No es de extrañar que mi conducta haya sido la hablilla de los colegas. No es de extrañar que el Consejo de la universidad se haya visto obligado a tomar nota oficial de semejante escándalo. ¡Oh, esa diabólica mujer!

Y la parte más espantosa del asunto es mi propia soledad. Aquí estoy sentado en una ordinaria ventana saliente inglesa, mirando hacia una ordinaria calle inglesa con sus llamativos autobuses y sus policías de punto, y tras de mí pende una sombra en desacuerdo con la época y el lugar. En la tierra del conocimiento estoy oprimido y torturado por una fuerza de la cual la ciencia nada sabe; ningún magistrado me escucharía; ningún informe discutiría mi caso; ningún doctor creería en mis síntomas, y mis amigos más íntimos se limitarían a verlo como un signo de desajuste mental. Estoy fuera de todo contacto con mi especie. ¡Oh, esa diabólica mujer! ¡Que se cuide! Ella puede llevarme demasiado lejos y cuando la ley no puede ayudar a un hombre, éste puede hacerse justicia por sí mismo.

Me la encontré en High Street ayer en la tarde y me habló. Quizás fue mejor para ella que no fuera entre los setos de un solitario camino vecinal. Me preguntó con su gélida sonrisa si ya había sido purificado. No me digné responderle.

–Debemos dar otra vuelta al tornillo –dijo.

¡Cuídese, señora, cuídese! Una vez la tuve a mi merced, quizás pueda haber otra oportunidad.

Abril 28. La suspensión de mi cátedra también ha tenido el efecto de quitarle el interés por importunarme y he disfrutado así de dos venturosos días de paz. Después de todo no hay razón para desesperar. El afecto me llega de todas partes, y todos están de acuerdo con que son mi dedicación a la ciencia y la ardua naturaleza de mis investigaciones los que han vapuleado mi sistema nervioso. Recibí un amabilísimo mensaje del Consejo aconsejándome viajar al extranjero, y expresándome su franca esperanza de que pueda reasumir todas mis obligaciones al término del verano. Nada más halagador que sus alusiones a mi carrera y a mis servicios a la universidad; es sólo en la desgracia cuando uno puede medir su popularidad. Esa criatura se puede cansar de atormentarme y no obstante todo seguirá bien. ¡Dios quiera!

Abril 29. Nuestra amodorrada población tuvo un pequeño sobresalto. Las únicas noticias de fechoría que tenemos alguna vez es cuando algún estudiante alborotador rompe unas lámparas o se va a las manos con un policía. Sin embargo, anoche, hubo un intento de penetrar a la sucursal del Banco de Inglaterra y como consecuencia todos estamos sobrecogidos.
Parkinson, el gerente, es un íntimo amigo mío, y lo encontré muy alterado cuando llegué hasta allá después del desayuno. Los ladrones habían entrado a las oficinas donde tuvieron que habérselas con la caja de seguridad, de manera que la defensa fue considerablemente más fuerte que el ataque. En verdad, este último no pareció haber sido muy relevante. Dos de las ventanas más bajas tenían marcas como si un cincel u otro instrumento hubiera sido introducido por debajo para forzarlas. La policía debía tener una buena pista porque el marco de madera había sido pintado de verde apenas el día anterior, y por las manchas era evidente que algo de pintura había ido a parar a las manos y ropa del criminal.

4:30 pm. ¡Ah, esa maldita mujer! ¡Esa tres veces maldita mujer! ¡No importa! ¡No me va a vencer! Pero, oh, ¡arpía! Tomó mi cátedra, y ahora va a quitarme el honor. No hay nada que pueda hacer contra ella, nada excepto… Ah, pero, aun acosado como estoy, ¡no puedo decidirme a pensar en eso!
Hace como una hora que fui a mi habitación, y me estaba cepillando el cabello frente al espejo, cuando súbitamente mis ojos se fijaron en algo que me dejó tan asqueado y frío que me senté en el borde de la cama y comencé a llorar. Hace mucho más de un año que no derramo lágrimas, pero toda mi fortaleza me abandonó y no pude más que sollozar y sollozar en impotente aflicción y furia. Allí estaba mi chaqueta de casa, el abrigo que generalmente uso después de la cena, colgada en su percha junto al armario, con la manga derecha incrustada desde la muñeca hasta el codo con embarraduras de pintura verde.
¡De manera que eso es lo que quiso decir con otra vuelta del tornillo! Hizo de mí un imbécil público, ahora quiere estigmatizarme como criminal. Esta vez falló, pero, ¿y la próxima? No me atrevo a pensarlo… ¡Y Agatha y mi pobre madre! ¡Quisiera estar muerto!
Sí. Esta es la otra vuelta al tronillo. Y, sin duda, esto es también lo que quiso decir que yo aún no me había dado cuenta del poder que tenía sobre mí. Volví a ver el relato de mi conversación con ella, y veo como declaró que con un pequeño ejercicio de su voluntad, su sujeto estaría consciente, y con uno mayor estaría inconsciente. Anoche yo estaba inconsciente. Puedo jurar que dormí profundamente en mi cama sin soñar. Y no obstante esas manchas me dicen que me vestí, salí, traté de abrir el banco y regresé. ¿Fui observado? ¿Es posible que alguien me viera y me siguiera hasta la casa? Ah, ¡en qué infierno se ha convertido mi vida! No tengo paz ni descanso. Pero mi paciencia está llegando al límite.

10 pm. Limpié mi abrigo con trementina. No creo que alguien me haya visto. Fue con mi destornillador que hice las marcas; lo encontré todo lleno de pintura y lo limpié. Me duele la cabeza como si fuera a estallar y me tomé cinco pepitas de antipirina. Si no fuera por Agatha me hubiera tomado cincuenta y todo habría terminado.

Mayo 3. Tres días tranquilos. Este demonio infernal es como un gato con un ratón. Me afloja sólo para volver a saltar sobre mí otra vez. Nunca estoy tan asustado como cuando todo está tranquilo. Mi estado físico es deplorable… hipo permanente y ptosis del párpado izquierdo.
Oí que las Marden regresan pasado mañana. No sé si me alegro o si lo lamento. Ellas estaban seguras en Londres; y, una vez aquí, pueden caer en la miserable telaraña en la que yo estoy luchando. Y no me puedo casar con Agatha mientras sepa que no soy responsable de mis actos. Sí. Se lo tengo que decir, aunque eso lleve a una ruptura entre nosotros.
Esta noche es el baile de la universidad y tengo que ir. Dios sabe que nunca me sentí de menos humor para una fiesta, pero no puedo dejar que digan que soy incapaz de aparecer en público. Si me ven allí y hablo con algunos de los más ancianos de la universidad será un gran paso hacia la demostración de que es injusto separarme de mi cátedra.

10 pm. Fui al baile. Charles Sadler y yo fuimos juntos pero me retiré antes que él. Sin embargo tengo que esperarlo porque, realmente, estas noches tengo miedo de irme a dormir. Él es un tipo alegre y práctico y una charla con él estabilizará mis nervios. En conjunto, la velada fue un gran éxito; hablé con todos aquellos que tienen influencia y creo que les hice darse cuenta de que mi cátedra todavía no está totalmente vacante. La criatura estaba en el baile… incapaz de bailar, por supuesto, pero sentada con la Sra. Wilson. Una y otra vez sus ojos se fijaron en mí; fueron casi lo último que vi antes de abandonar la sala. Una vez, mientras estaba sentado junto a ella, la miré y vi que su mirada fija estaba siguiendo a alguien más. Era Sadler que en ese momento bailaba con la auxiliar señorita Thurston. A juzgar por su expresión, es bueno para él que no esté en sus garras como yo. No sabe de lo que se ha salvado. Creo que oigo sus pasos en la calle, voy a bajar y hacerlo entrar. Si quiere…

Mayo 4. ¿Por qué quedó la noche inconclusa de esa manera? Nunca bajé la escalera, después de todo… o por lo menos no recuerdo haberlo hecho. Pero, por otra parte, no puedo recordar haberme ido a la cama. Una de mis manos está muy hinchada esta mañana y sin embargo no me acuerdo de habérmela herido ayer. Por lo demás, me siento muy bien por la festividad de anoche. Pero no puedo entender cómo es que no me encontré con Charles Sadler cuando por lo menos me lo había propuesto. Es posible… ¡Dios mío, solamente es demasiado probable! ¿Me ha hecho bailar alguna danza diabólica otra vez? Bajaré hasta donde Sadler y le preguntaré.

Mediodía. El asunto ha hecho crisis. Mi vida no vale la pena seguir viviéndola. Pero, si he de morir, entonces ella vendrá también. No la voy a dejar para que conduzca a otro hombre a la locura como hizo conmigo. No. He llegado al límite de mi resistencia. Me ha hecho un hombre tan desesperado y peligroso como no hay otro. Dios sabe que nunca he tenido el coraje de matar una mosca y, no obstante, si ahora pusiera mis manos sobre esa mujer, no saldría viva de esta habitación. Hoy mismo la veré y sabrá lo que debe esperar de mí.
Fui a la casa de Sadler y, para mi sorpresa, lo encontré en cama. Cuando entré se sentó y volvió hacia mí un rostro que me acongojó cuando lo vi.

–¿Por qué, Sadler, que pasó? –exclamé mientras mi corazón se helaba.

–Gilroy –respondió murmurando con sus labios hinchados– Desde hace varias semanas he tenido la impresión de que eres un loco. Ahora lo sé, y que también eres peligroso. Si no fuera porque me opongo a hacer un escándalo en el colegio, ahora estarías en manos de la policía.

–Quieres decir… –exclamé.

–Quiero decir que anoche, cuando abrí la puerta, te precipitaste sobre mí, me golpeaste el rostro con ambos puños, me derribaste, me pateaste furiosamente el costado y me dejaste en la calle casi inconsciente. Mira tu propia mano que testimonia en tu contra.

Sí. Allí estaba, hinchado, con protuberancias esponjosas, como después de una terrible explosión. ¿Qué podía hacer yo? Aunque me humilló tildándome de loco, tenía que decirle todo. Me senté en su cama y comencé desde el principio con todos mis problemas, los derramé con las manos temblorosas y palabras tan ardientes que hubieran convencido al más escéptico.

–¡Ella te odia y me odia a mí! –exclamé– Anoche se vengó de ambos a la vez. Ella me vio salir del baile, y tiene que haberte visto a ti también. Sabía cuánto te tomaría llegar a casa; entonces no tenía más que utilizar su perversa voluntad. ¡Ah, tu rostro lastimado es poco al lado de mi alma lastimada!

Él se conmovió con mi historia. Era evidente.

–Sí. Sí. Ella me vio abandonar el salón –musitó– ella es capaz de eso. Pero, ¿es posible que realmente te haya reducido a esto? ¿Qué piensas hacer?

¡Detenerlo! –exclamé– Estoy totalmente desesperado; hoy le haré una justa advertencia, y la próxima vez será la última.

–No hagas nada imprudente –me dijo.

–¡Imprudente! –bramé– La única cosa imprudente es que lo posponga por una hora más.

Con eso corrí a mi habitación, y aquí estoy en la víspera de lo que puede ser la gran crisis de mi vida. Debo comenzar de inmediato. Hoy he ganado algo, pues le he hecho comprender, aunque sea a un solo hombre, la verdad de esta monstruosa experiencia mía. Y, si sucede lo peor, queda este diario como una prueba del aguijón que me ha gobernado.

Noche. Cuando llegué a la casa de Wilson, fui introducido y encontré que estaba sentado con la señorita Penclosa. Durante media hora tuve que soportar su ardorosa conversación acerca de su reciente investigación acerca de la verdadera naturaleza de los golpecitos espiritistas, mientras la criatura y yo permanecíamos sentados en silencio mirándonos a través de la habitación. Percibí una siniestra diversión en sus ojos y ella tiene que haber visto odio y amenaza en los míos. Casi había perdido toda esperanza de hablarle cuando él salió de la habitación y nos quedamos juntos por unos momentos.

–Bien, profesor Gilroy… ¿o más bien señor Gilroy? –dijo con aquella agria sonrisa suya– ¿Cómo está su amigo el señor Charles Sadler después del baile?

–¡Arpía! –exclamé– Se te acabaron los trucos ahora. No recibiré más. Escucha lo que te digo.

Crucé a trancos la habitación y la sacudí furiosamente por los hombros.

–Tan cierto como que hay un Dios en el cielo, te juro que si tratas de hacerme otra de tus fechorías, te costará la vida. Sea como sea te quitaré la vida; he llegado al límite de lo que un hombre puede soportar.

–Las cuentas aún no están ajustadas entre nosotros –dijo con una pasión que igualaba a la mía– yo puedo amar y puedo odiar, usted eligió. Primero eligió despreciar con desdén; ahora tiene que probar lo demás. Tomará un poco más quebrantar su espíritu, pero se quebrará. Tengo entendido que la señorita Marden regresa mañana.

–¿Qué tiene eso que ver con usted? –exclamé– Es una infamia que usted se atreva siquiera a pensar en ella. Si creo que va a hacerle daño…

Estaba asustada, podía verlo aunque tratara de disimularlo descaradamente. Leyó mis oscuros pensamientos y se apartó de mí.

–Ella es afortunada de tener semejante paladín –dijo– que realmente se preocupa por defender a una mujer sola. Realmente tengo que felicitar a la señorita Marden por su protector.

Sus palabras eran cáusticas, pero la voz y los ademanes eran aún más ácidos.

–Es inútil hablar –dije– solamente vine a decirle, y a decirle de la manera más enfática, que su próximo desafuero contra mí será el último.

Con eso, y como escuché a Wilson subir la escalera, salí de la habitación. Sí. Ella puede lucir ponzoñosa y destructiva, pero, por eso mismo, ahora está comenzando a ver que tiene tanto que temer de mí como yo de ella. ¡Asesinar! Suena muy repulsivo, pero no se habla de asesinar a una serpiente o de asesinar a un tigre. Que se cuide ahora.

Mayo 5. Encontré a Agatha y a su madre en la estación. Ella luce tan fresca, tan feliz, tan hermosa. Y estaba más que feliz de verme, ¿qué he hecho para merecer ese amor? Regresé a casa con ellas y almorzamos juntos; por un momento todos los problemas parecían haberse alejado de mi vida. Ella dijo que me veía pálido, preocupado y enfermo; la adorable criaturita lo atribuyó a mi soledad y a las banales obligaciones de un amo de casa. ¡Ojalá nunca se entere de la verdad! Que la sombra, si es que tiene que haberla, permanezca en mi vida y deje la suya luminosa. Acabo de dejarlas y me siento un hombre nuevo; con ella a mi lado creo que podría mostrar indiferencia ante cualquier cosa que la vida pudiera enviarme.

5 pm. Ahora permítanme ser preciso. Permítanme tratar de decir exactamente cómo ocurrió. Está fresco en mi mente, y puedo ponerlo correctamente por escrito, aunque no es probable que llegue el día en que olvide los hechos de hoy.
Había regresado de la casa de las Marden después de almuerzo y estaba cortando algunas piezas microscópicas con el microtomo, cuando en un instante perdí el conocimiento de la detestable manera súbita que se me ha vuelto tan familiar de un tiempo a esta parte.
Cuando recuperé los sentidos estaba sentado en un pequeño aposento, muy diferente a aquel donde había estado trabajando. Era agradable y luminoso, con canapés tapizados en zaraza, coloridos cortinajes y miles de pequeñas fruslerías en la pared. Un pequeño reloj ornamental batía acompasadamente delante de mí, y las agujas marcaban las tres y media. Todo me era muy familiar, y sin embargo, por un momento miré alrededor medio aturdido hasta que mis ojos se fijaron en una foto mía de estudio colocada sobre el piano. En el otro extremo había una de la Sra. Marden. Entonces, por supuesto, recordé dónde estaba. Era el tocador de Agatha.
Pero, ¿cómo llegué hasta allí y para qué? Un horrible abatimiento se apoderó de mi corazón, ¿habría sido enviado en alguna misión diabólica? ¿Se habría cumplido ya esa misión? Seguramente, de otra manera, ¿cómo se me habría permitido retornar a la conciencia? ¡Oh, la agonía de aquel momento! ¿Qué habría hecho? En mi desesperación

salté para ponerme de pie, y al hacerlo una botellita de vidrio cayó de mis rodillas sobre la alfombra.
No estaba rota y la levanté. Afuera estaba escrito "Ácido Sulfúrico Fuerte". Cuando quité el tapón de vidrio, subió lentamente un vaho espeso y un olor acre y asfixiante invadió el recinto. Lo reconocí como uno que tenía para experimentos químicos en mis gabinetes. Pero, ¿por qué había yo traído una botella de vitriolo al cuarto de Agatha? ¿No es este líquido espeso y humeante con el que se sabe que las mujeres celosas destruyen la belleza de sus rivales? Mi corazón se detuvo mientras levantaba el frasco hacia la luz, ¡gracias a Dios estaba lleno! Todavía no se había cometido ninguna fechoría; pero si Agatha hubiera entrado un minuto antes, no estoy seguro de que el infernal parásito dentro de mí no le hubiera arrojado el contenido encima… Ah, ¡eso es impensable! Pero tiene que haber sido para eso; ¿para que otra cosa pudiera haberlo traído? Ante el solo pensamiento de lo que pude haber hecho, mis cansados nervios se derrumbaron y me senté temblando espasmódicamente, era el lastimoso despojo de un hombre.
Fue el sonido de la voz de Agatha y el crujir de su vestido lo que me repuso. Levanté la vista y vi sus ojos azules, tan llenos de ternura y piedad, mirándome fijamente.

–Tenemos que llevarte al campo, Austin, –dijo– necesitas descanso y reposo; luces lastimosamente enfermo.

–¡Oh, no es nada! –dije, tratando de sonreír– Fue sólo una momentánea debilidad. Ya estoy bien.

–Siento tanto haberte hecho esperar. ¡Pobre muchacho, debes haber estado aquí por más de media hora! El vicario estaba en la sala, y como sé que no te agrada pensé que era mejor que Jane te trajera aquí. ¡Pensé que nunca se iría!

–¡Gracias a Dios que se quedó! ¡Gracias a Dios que se quedó! –grité histéricamente.

–¿Por qué? ¿Qué pasa contigo, Austin? –preguntó sujetándome por el brazo mientras yo me levantaba tambaleante del asiento– ¿Por qué te alegra que el vicario se quedara? Y, ¿qué es esa botellita que tienes en la mano?

–Nada –exclamé, introduciéndola en mi bolsillo– Pero, debo irme; tengo algo importante que hacer.

–¡Qué áspero te ves, Austin! Nunca he visto así tu rostro, ¿estás disgustado?

–Sí. Estoy disgustado.

–¿Pero no conmigo?

–¡No, no, querida! Tú no comprenderías.

–Pero no me has dicho por qué viniste.

–Vine para preguntarte si me amarás siempre… no importa lo que haga o la sombra que pueda caer sobre mi nombre. ¿Creerás en mí y me tendrás confianza a pesar de cualquier oscura apariencia que pueda haber contra mí?

–Tú sabes que sí, Austin.

–Sí. Yo sé que es así. Lo que voy a hacer lo hago por ti. Estoy obligado. ¡No hay escapatoria, querida!

La besé y corrí fuera de la habitación.
Había terminado el tiempo de las indecisiones. Mientras la criatura amenazara proyectos míos o mi honor, podría ser un asunto de qué hacer. Pero ahora, cuando Agatha –mi inocente Agatha– estaba en peligro, mi deber estaba por delante de mí como una barrera. No tenía armas, pero no me detuve por eso. ¿Qué armas podía necesitar si sentía cada músculo palpitando con la fuerza de un hombre frenético? Corrí por las calles, tan concentrado en lo que tenía que hacer que apenas estoy ligeramente consciente de los rostros de amigos que me encontré – ligeramente consciente también de que vi al profesor Wilson, corriendo con igual apresuramiento en dirección contraria. Sin aliento, pero resuelto, llegué a la casa y toqué el timbre. Una criada de mejillas pálidas abrió la puerta, y se tornó aún más pálida, cuando vio el rostro que la miraba.

–Lléveme inmediatamente con la señorita Penclosa –pedí.

–Señor, –susurró– ¡la señorita Penclosa murió esta tarde a las tres y media!